# CRUZAR EL AGUA

Luisa Etxenike

NOCTURNA EDICIONES

Luisa Etxenike

# CRUZAR EL AGUA

NOCTURNA
EDICIONES

© de la obra: Luisa Etxenike, 2022
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: julio de 2022
ISBN:978-84-18440-76-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A la memoria de Inés Paternina y Pablo Aranda*

# CRUZAR EL AGUA

# I

«E noi fatti d'aria al mattino».
Salvatore Quasimodo:
«Antico inverno»

# El cordón

Sabe que ha anochecido y que a esa hora no habrá nadie en la playa. Se aparta de la barandilla, atraviesa la arena y se mete vestida en el mar. Bastarán unos pocos pasos, ha consultado la tabla de mareas.

Avanza lentamente. Uno, dos, tres.

El agua le llega ya a la altura del pecho, pero aún no siente el tirón. Un paso más. Entonces empieza a notar la resistencia de la correa y se sumerge, inclinándose hacia adelante, como en una inmersión verdadera.

Siempre nadaba con los ojos cerrados. Elegía un punto en el agua, muy lejos de la orilla, e iba hacia allí, sin necesidad de mirar, guiada por la confianza en sus movimientos. Brazadas rectas, precisas como puntadas. Nadar como coser en los innumerables tejidos del mar. Según la hora del día o la estación del año o el ímpetu de la marea, el agua era un lino maleable, un tafetán crujiente, una lana arisca o cálida… Alcanzaba su meta, sin mirar; luego elegía otro punto, aún más lejano. Y llegaba hasta allí, con los ojos cerrados, apoyada en la exactitud de sus movimientos y en su «formidable» sentido de la orientación. Así lo definían sus amigas. «Irene se orienta en la vida como un hombre», decían también entre risas. Y ahora, ¿cómo se orienta Irene por la vida? ¿Y dónde están las risas a su alrededor? ¿Y esas mujeres son amigas de quién?

Sin saber qué la impulsa, saca la cabeza del agua para seguir respirando. Una inspiración profunda, como si le importara. Vuelve a hundirse. Bajo el agua permanece lo más quieta posible. No quiere hacer ningún gesto que recuerde a aquellos: brazos y piernas fiables, cuerpo de brújula. Alcanzaba su meta, cada vez, sin necesidad de mirar.

Pone ahora la mano en la hebilla del cinturón. Bastan los dedos para deshacer la atadura. Los animales cortan el cordón de los recién nacidos con los dientes. Pero es para que vivan. Libera la correa de la púa… Pero no sigue. Necesita más aire e, incomprensiblemente, vuelve a sacar la cabeza del agua, y respira.

Y se levanta y devuelve la correa a la hebilla y la aprieta. Y se gira para sujetar bien el cordón y tensarlo.

Y así, agarrada a esa tensión como a un pasamanos, sale del mar, atraviesa la playa, alcanza la barandilla del paseo donde ha atado el segundo cinturón, lo libera; recoge el bastón e inicia el camino de vuelta a casa.

Hoy tampoco se ha soltado para irse mar adentro. No entiende por qué, no sabe qué la saca del agua. Pero tiene que ser la rabia, una emoción altiva que no deja morir.

# Contar

A la señora le gusta que le cuente historias. Se lo pidió desde el principio.

—Tráeme la calle, Manuela —le dijo—, cuéntamela.

Ahora ya no tiene que pedírselo. Manuela va de un cuarto a otro, haciendo los trabajos de casa, pero a cada rato vuelve al salón para irle contando: sucesos, cosas prácticas, los trámites para esto y para lo otro, las compras, los planes de los fines de semana; y retratos también de las personas que va conociendo. Pero de Andoni aún no le ha hablado.

A la señora le gustan las descripciones con muchos detalles. Quiere que le cuente con precisión cómo es todo el mundo, pero le basta con saber lo de fuera, no pregunta indiscreciones; le basta con el físico y la ropa que llevan. La ropa le importa mucho.

A Manuela contar le gusta. Le parece que contar, mientras hace las tareas domésticas, le da más importancia a su trabajo, y otra categoría; lo eleva de lo puramente manual. Y que eso es como un adelanto de las profesiones que va a tener en el futuro. No sabe aún cuáles, solo que serán distintas a trabajar simplemente con las manos. Cada historia que cuenta es como un paso que la acerca a ese día en que su profesión será una mezcla de trabajo con las manos y con el pensamiento.

Pero también le gusta contar por otra razón. Contar la ayuda a verse mejor por dentro. Porque para contar hay que ordenar las cosas, colocar delante lo que tiene más sentido, y

arrinconar lo que no vale tanto, lo que ya no tiene que valer. Contar es como hacerse la limpieza por dentro, poniendo aquí, guardando allá, tirando algunas cosas definitivamente. Contar es ponerse una asistenta por dentro que lo deja todo limpio y como es debido, piensa Manuela, y eso la hace sonreír. A lo mejor se lo va a decir con esas mismas palabras a las compañeras del grupo del relato del viaje. Contar hace bien.

Y además, a la señora la ayuda. «Tráeme la calle, Manuela». Tal vez a ella también le sirve para guardar por dentro lo que tiene valor y tirar lo inútil o dañino; aunque lo dañino le parezca ahora imposible de tirar. Pero algún día podrá. Y Manuela quiere ayudarla, y por eso, poco a poco, su relato se ha ido volviendo más atrevido, más profundo. Ha metido en él la mudez de Juan Camilo, por ejemplo.

—Desde que dejamos Colombia no ha dicho una palabra. El mismo día que nos marchamos, el niño dejó de hablar. Mi familia, que está toda allí, cree que es por nostalgia. Que le falta todo aquello. La gente de aquí también lo piensa. Creen que no habla porque quiere volver. Pero yo no lo creo.

—¿Qué crees tú?

—No sé, pero nostalgia no. Juan Camilo es demasiado curioso para eso.

Irene quiere preguntarle cómo la curiosidad cura de la nostalgia, pero Manuela ya se ha ido a seguir con los trabajos de la casa. Siempre es igual, Manuela no se está quieta; entra y sale del salón varias veces. Irene imagina que hace lo mismo en el resto de las habitaciones, y le gusta esa manera de trabajar, como a saltos, que imprime un ritmo vivo, imprevisible a su relato. Solo hay vida en lo imprevisible, porque solo ahí hay libertad; lo que se sabe de antemano encadena. Pero eso quiere quitárselo de la cabeza y espera impaciente a que vuelva Manuela y siga con su historia. Manuela es una artista de la reanudación, piensa Irene, y

por eso sería una excelente costurera. Interrumpe su relato cuando sale del salón y lo recupera, cuando vuelve a entrar, exactamente donde lo había dejado.

—Demasiado curioso para vivir hacia atrás. Así que esa mudez no viene de la nostalgia. Además, llamamos a la abuela y a Elías a menudo.

—¿Entonces?

—Lo que yo creo es que Juan Camilo sigue como metido aún en el avión, suspendido sobre algo que todavía es nada, que no es tierra firme. Como si no hubiera encontrado aún la manera de aterrizar aquí y de ponerse a andar en nuestra nueva vida. Pero ya la encontrará. No le empujo, actúo con él como si no pasara nada. Me aguanto la impaciencia que me da el que ande todo el día escribiendo en la pizarrita. No quiero que vea mi preocupación. De todas maneras, la doctora me ha dicho que no es nada orgánico, que la garganta, los oídos y todo eso lo tiene bien; y que a veces les pasa a los niños emigrantes; que se arreglará solo, de repente. Aunque Juan Camilo está tardando mucho, cerca de un año ya. Con el psicólogo dibuja, pero a mí los dibujos que hace con él no me gustan, por eso no los cuelgo en el cuarto. Me dan intranquilidad esos dibujos de animales gordos, deformados, y de personas raquíticas y como vacías. Yo hago que todo parezca normal para darle confianza. Confianza es lo que se necesita para aterrizar…

Pero vuelve a marcharse. Irene oye cómo abre la puerta corredera que da a la terraza y sale.

# La voz escondida

No hablar es mejor. Así la gente no le hace preguntas. Antes, cuando no le conocían sí le preguntaban, ahora ya no. Casi todo el mundo ha dejado, poco a poco, de dirigirse a él. Es mejor. Así no hay que prepararse para mentir. Mentir está mal, se lo han enseñado. También Elías le dijo muchas veces que mentir era malo. Entonces tiene que pensar que aquel hombre nunca le mintió, que lo que le decía era siempre verdadero.

Su madre le cuenta a todo el mundo que él saca buenas notas en el colegio. La gente le suele contestar, como si lo dudara:

—¿Puede un niño sacar buenas notas sin hablar? ¿Cómo es posible? ¿Y los ejercicios?

Pero eso también es verdad. Un niño no necesita la voz para sacar buenas notas. Él hace todos los deberes por escrito; presenta más trabajos escritos que sus compañeros de clase. Escribe todo el tiempo. Escribir es igual que tener voz, porque la voz está hecha sobre todo de palabras.

Aunque la voz también se forma con gritos, risa y el ruido del llanto. Desde que está en esta ciudad tampoco ha reído ni llorado. A veces tiene miedo de que se le olvide todo eso; no las palabras que se pueden poner por escrito, sino lo otro. Tiene miedo de no saber más tarde, algún día, poner la voz para el llanto o la risa; no volver a oír esos sonidos con su propia voz.

Le asusta eso, pero tiene que callarse, esconder la voz, porque no quiere mentir. Mentir es malo, también Elías se lo

enseñó. Y la verdad no puede decirla. Callar una parte de algo no es lo mismo que mentir. Pero eso él no sabría hacerlo; si le hicieran algunas preguntas, él no sabría callar esa parte, no sabría cómo defender el silencio de esa parte dentro de su voz. Por eso prefiere el silencio completo, todo en silencio.

Decir solo la mitad de algo tampoco es mentir. Por eso sabe que su madre no miente, que cuando no le dijo aquello no mintió. Pero él no lo conseguiría.

En la consulta del psicólogo siempre piensa en los otros niños, porque al médico le importa mucho cómo se lleva con los demás.

—Bien —escribe en la pizarra.

Y luego tiene que escribir muchas veces «no», porque el doctor siempre le pregunta, de muchas maneras diferentes, si sus compañeros de clase le hacen daño. Cada vez que viene a la consulta, le pregunta de muchas maneras distintas si alguien le hace daño.

Y él vuelve a negar en la pizarra, porque sabe que el doctor le está preguntando por un daño de ahora, y no es mentir.

Siempre le pregunta también por el miedo. No le pide que le cuente sus miedos, sino que le hable del miedo «en general».

Él podría escribir, en general, sobre ese temor a olvidar cómo se ríe o se llora con sonido. Pero no lo hace; no quiere hablarle al médico de esas cosas. Ni de que los otros niños lloran y ríen sin problema. Los oye cada día en el patio del colegio mientras juegan.

A su madre sus amigos no le preguntan si un niño puede jugar sin sonidos. Pero sí puede.

Que juega con sus compañeros también se lo ha escrito al psicólogo muchas veces en la pizarra…, sí, sí, sí. O ha respondido asintiendo con la cabeza…, sí, sí, sí. Cada vez que viene a la consulta le pregunta de muchas maneras distintas si

juega en el colegio o en el parque.

—Se puede jugar en silencio —escribe en su pizarra.

Y el médico anota algo en su cuaderno. Y luego mira en su dirección, pero no a él. La mirada le pasa rozando y se va más lejos. Hacia un punto que Juan Camilo no alcanza a ver. Y además el niño piensa que ese punto no está en la habitación, sino fuera y a una gran distancia. Como si el médico estuviera soltando los ojos, liberándolos… Como cuando se mira al cielo o al mar.

# El engaño

Irene no se siente mal por engañar a Manuela; al contrario, le parece justo. Engañar un poco a otro, ahora que no puede engañarse a sí misma.

Por eso, siempre que vuelve del mar, entra por el taller para dejar allí el arnés que ha fabricado ella misma, y que Manuela no lo encuentre. Además, Manuela no sabe nada de este taller de costura, oculto ahora, inservible, en esta construcción que separa de la casa un patio enorme.

Tampoco necesita los ojos para orientarse aquí; conoce el espacio al detalle; lo diseñó ella misma: a un lado la vivienda, al otro el taller, y en medio el patio como una pasarela. Porque eso iba a ser, un escenario para sus desfiles de moda. Tenía grandes planes para ese patio. Antes tenía planes para todo. Las modelos moviéndose entre unos invitados, también móviles, que se desplazarían de aquí para allá. Como en la calle. Como en la vida.

No necesita mirar para guiarse. Sabe que a dos pasos, a la derecha, junto a la puerta, está el interruptor que acciona la cubierta del patio.

—Un techo corredizo para poder usar el patio todo el año —le pidió al arquitecto—. Y transparente. Para aprovechar al máximo la luz natural.

El lujo de la luz natural, su arrogancia. Ahora le bastaría cualquier luz humillada: una linterna barata, una bombilla sucia, la vulgar llama de un mechero. Y se conformaría con

aprovecharla al mínimo: una esquirla, una espina de luz. Una hebra a la que aferrarse para imaginarle una puerta al laberinto.

Ahora que no puede engañarse a sí misma le gusta engañar a Manuela, dejarle creer que se mete en el mar sin ataduras, que nada libremente durante un buen rato, y después encuentra, por sus propios medios, el camino de vuelta. Manuela cree que vence el peligro cada vez y la admira por eso.

—Qué valentía —dice—, y qué talento. ¿Cómo lo hace?

—No es tan difícil —responde Irene, imitando los rasgos de una desenvoltura que aún puede recordar—, solo hay que mantener la postura y medir los pasos.

—¿Y dentro del agua?

—Lo mismo, Manuela. Hay que respetar el dibujo del movimiento y la amplitud de la brazada. A la ida, contra la ola. A la vuelta, a favor. El mar siempre te devuelve a la orilla.

—¿Y por qué vestida? Qué lástima, estas prendas son tan buenas…

También le miente. No le dice que un ciego siempre está desnudo.

—Puedo encontrar a oscuras la barandilla del paseo. Pero no sé si sería capaz de localizar el bulto de la ropa en la arena.

Y Manuela, sin objeción, lo acepta. Seguramente porque es fácil asociar la sinceridad a la derrota.

—Claro —dice—; claro.

No hay sitio para la admiración en este arnés primitivo que ahora pone a secar, extendiéndolo sobre una de las mesas largas del taller. Dos cinturones unidos por una tira larga de loneta que ha cosido ella misma con una aguja grande, de toldero. Varios metros de cinta, con presillas colocadas a diferente altura para que los pasos puedan adaptarse a la amplitud de la marea que

calcula, antes de cada salida, con la tabla.

Abandona el taller. Cruza el patio. Entra en su casa, como cada vez que vuelve del mar, por la terraza. Allí se desviste y deja la ropa mojada en el rincón de siempre, para que Manuela la encuentre enseguida.

# La caja fuerte

Manuela siempre deja la terraza para lo último, por la ropa mojada. No quiere encontrársela desde el principio y tener que trabajar el resto del tiempo con esa preocupación dándole vueltas en la cabeza. Prefiere hacer las tareas con la mente entretenida con la esperanza de que ese día la ropa no esté, de que se haya terminado de una vez la locura de meterse en el mar e irse a nadar lejos, en su estado, y sola.

Pero sale a la terraza y lo primero que ve, en el lugar de siempre, a la derecha, justo al lado de las grandes macetas, es el bulto de tela empapada. Lo levanta del suelo. Huele tan fuerte a agua salada… Agua que con su olor avisa de que no es para beber. Agua sincera.

Mientras acaba de limpiar, coloca la ropa en una silla. Luego la lavará a mano, con cuidado, usando jabón para prendas delicadas y agua tibia, porque se ve que son telas muy finas.

Manuela no había visto nunca el mar hasta que llegó a esta ciudad. Solo conocía el agua de arroyo y de cascada, que se puede beber, por eso la llaman dulce, pero no es dulce. Agua que miente. Aunque eso no quiere ni pensarlo.

Arregla deprisa la terraza. Escurre un poco la ropa, para que no chorree dentro de la casa, y cuando entra en el salón le dice a Irene, que sigue en la misma posición, sentada como una estatua ante uno de los ventanales que dan al mar:

—Lo ha vuelto a hacer, señora.

—Manuela, ¿cuántas veces te he dicho que no me llames

señora?

—Se ha vuelto a meter en el mar, Irene. ¿Por qué lo hace?

—Necesito nadar.

—Ya, pero ponerse de esa manera en peligro…

—Siempre vuelvo, ¿no ves? No hay peligro.

Y Manuela se pregunta precisamente eso: cómo conseguirá atravesar la playa, meterse en el agua y luego encontrar el camino de vuelta. Para ella es un misterio, pero también un alivio. Porque el hecho es que Irene encuentra el camino, siempre consigue volver a casa.

—Voy a lavar la ropa y se la dejo secando. Luego me voy corriendo, que hoy tengo que recoger a Juan Camilo en el psicólogo.

—¿Y la confianza? Decías hace un momento que la confianza es lo que se necesita para aterrizar.

—La confianza, Irene, yo la veo como una caja fuerte. No la abres sin más. Pero se puede abrir, porque tiene una clave. En algún sitio está la clave.

Y así la deja. Porque es miércoles y tiene que marcharse un poco antes de la hora a buscar a su hijo.

# Los dibujos

Ahora tocan los dibujos. A Juan Camilo no le gusta dibujar, pero el psicólogo insiste. Y él pinta otra vez, con desgana, animales irreconocibles. Y como el doctor quiere que haga también personas, coge más hojas limpias y dibuja rápidamente gente que tampoco es nadie.

—Qué cabezas más pequeñas les ha hecho a todos —le dice mientras las va señalando con el dedo—; ¿lo ves?

Lo que Juan Camilo ve son los cuerpos grandes.

Ahora el médico quiere saber por qué esas cabezas son tan pequeñas y las bocas y los ojos solo puntitos. Juan Camilo coge la pizarra, escribe «no sé» y la gira para que lo lea ese hombre que, a diferencia de los dibujos, tiene un cuerpo estrecho.

—Ya. ¿Qué pensará esta gente con tan poca cabeza? —le pregunta ahora sonriendo—; ¿tú sabes lo que están pensando, Juan?

En esta ciudad solo su madre y sus amigos colombianos le llaman Juan Camilo, los demás solo Juan. Él no sabe aún qué nombre prefiere. Juan Camilo le trae recuerdos; Juan no, todavía no ha hecho verdaderos recuerdos con ese nombre. Pero aunque prefiriera que le llamaran solo Juan, a su madre y a sus amigos no podría decírselo. Callar es mejor.

Escribe «no sé lo que están pensando» en la pizarra.

—A los niños les gusta mucho dibujar, pero a ti parece que no te gusta.

Él es pequeño, eso lo ve en el tamaño de sus zapatos y de su

ropa, y en lo que le cuesta alcanzar lo que está guardado en las baldas de arriba, o levantar algunos pesos. Es pequeño, pero no sabe si es un niño. Muchas de las cosas que dicen sus compañeros del colegio él no las ha pensado nunca. O hace tanto tiempo que no las piensa que le parece que no las ha pensado nunca, o que ya no son suyos aquellos pensamientos. Pero eso al psicólogo no se lo dice; solo escribe: «Los dibujos son difíciles».

—¿Por qué?

No le dice que es porque a las personas hay que ponerles gestos y expresión. Y algunos gestos y expresiones ahora le resulta insoportable recordarlos y, peor, imaginarlos. Y podría dejar a las personas y dibujar solo animales. Pero tampoco puede, porque los únicos animales verdaderamente preciosos, los únicos que le apetecería dibujar bien, son los del libro querido… y ahora ese libro lo quiere borrar de su cabeza.

No le escribe al doctor nada de eso, solo se encoge de hombros, como sabe que hacen los niños cuando no quieren contestar la verdad.

Quiere borrar de golpe esos animales del libro querido, pero no puede. No se dejan. Entonces él va quitándoles trocitos dentro de su cabeza. Muy poco a poco, porque son muy duros. Como en una película que vio, en la que un hombre quería hacer un agujero grande en una pared y solo tenía una cuchara. Él también va arañando con una cuchara los dibujos del libro querido para levantarles poco a poco la piel. Pero son muy duros.

—Por hoy hemos terminado —dice el doctor—. ¿Está tu madre esperándote abajo?

Juan Camilo está seguro de que sí porque ha sentido en el bolsillo la vibración del móvil cuando llegaba el mensaje de

Manuela. Pero tiene que enseñárselo al doctor para que le deje salir de la consulta: «Mi amorcito, estoy en el portal».

—Pues hasta la semana que viene.

# El fuego

Todavía recuerda con imágenes, sueña con imágenes. Árboles abrazados como hombres. Todavía puede ver rostros, objetos, paisajes en su cabeza. Las copas de los árboles fundidas, formando una bóveda. Una americana y una camisa perfectamente conjuntadas. Aún piensa «azul» y ve azul. Y «Jaime» y aparece su cara. E «Irene» y un retrato sin edad surge aún de ese nombre.

Pero eso también va a desaparecer, se lo han dicho los especialistas; poco a poco las imágenes se borrarán de su memoria. Seguramente porque las imágenes mentales necesitan alimentarse de las reales, y la realidad ha desaparecido.

Creemos que es la abstracción lo que nos constituye y nos sujeta: amor, valor, piedad… y solo es lo concreto: cama, mesas, marco de la puerta, ducha, calles, coches, gente. Lo que te deja avanzar o te detiene es lo concreto.

Un lecho de ladrillo, madera menuda, bolas de papel, una cerilla larga que sujeta en la mano…, pero se detiene y la devuelve a la caja, porque el fuego no es humano, no se resigna ni se deja domar.

Los árboles cogiéndose por los brazos cargados de hojas, formando un arco tupido, una bóveda. Todavía lo ve en su cabeza. Pero poco a poco esa imagen también se irá. Se lo han advertido.

—¿En cuánto tiempo?

No pueden saberlo; solo que sucederá. Que un día, ella

pensará árboles, él, azul, mar, Irene, organza, fuego…, y esas palabras no dibujarán en su mente ninguna forma; solo serán sonido y comprensión. Materia oscura de la mente… Parece una expresión científica o poética, y no es más que la prosa literal, despiadada, de la cotidianeidad de la ceguera.

Se aparta de la chimenea. Va a pedirle a Manuela que la encienda. Quiere quemar las fotos mientras el fuego existe aún en su cabeza. Ver cómo avanza, sangriento, insobornable, y acaba con lo inútil.

# Tres viajes

Ha dejado a Juan Camilo con su amiga Marina porque hoy tiene reunión del grupo del viaje. Espera que sea la última vez, que las cosas cambien pronto. Ya es hora de que Andoni y el niño se conozcan, para que puedan quedarse juntos cuando ella tenga que hacer, y aprendan a quererse.

Cuando Manuela entra en el aula del centro cultural, ya están sentadas en círculo: Kaya, Liuba, Dolores, Simona, Adama y Sonia.

—Vamos a esperar un poco a las que faltan —dice la profesora—, y enseguida empezamos.

Todas esas mujeres son inmigrantes, como ella. Se reúnen cada quince días para hablar de su viaje hasta aquí. ¿Por qué se marcharon de sus países? ¿Cómo fue el trayecto y la llegada? ¿Y ahora? Se llaman el grupo del «relato del viaje» porque, aunque de momento solo hablan, más adelante cada una escribirá su historia, e incluso es posible que con esa historia alguna de ellas quiera hacer un cuento. Una ficción.

A Manuela esa posibilidad le interesa mucho y por eso no falta a ninguna de las reuniones del grupo, y el pobre Juan Camilo anda de aquí para allá, quedándose con unos y con otros. Ya es hora de que el niño y Andoni se conozcan y empiecen a quererse.

Le interesa mucho ese paso de la voz a la escritura, por eso siempre sigue con la máxima atención las enseñanzas de la profesora. El punto de vista; el tiempo. «No es lo mismo contar

hacia atrás que hacia adelante», les dice Julia y les explica las diferencias.

Tampoco es lo mismo pensar en una dirección o en otra. Pero a Manuela le importa sobre todo el salto de la realidad a la ficción. La ficción consigue que en la historia donde estabas tú ya no estés tú. Y que la historia siga siendo la tuya pero sea otra. Porque un cuento está formado por hechos y retratos reconocibles y, sin embargo, ajenos. Algo así tiene que ser, piensa Manuela. Y siente que lo entiende en lo profundo aunque en la superficie lo encuentre aún confuso, inaccesible.

De todas maneras, al grupo solo va a contarle el tercer viaje, el que la ha traído de Bogotá hasta aquí; de la casa de Elías, a la casa en la que vive ahora y que es solo suya y del niño. Del primer y del segundo viaje no va a hablarles a estas mujeres ni a nadie. Únicamente al hombre que vaya a compartir su vida, su cama, su placer. Andoni tal vez; ojalá. Y solo lo hará cuando haya aprendido a contar desprendiéndose; formando no la historia de aquello, sino el cuento de aquello. Reconocible pero ajeno.

Llega por fin Guisela, como siempre sofocada de correr; y casi seguido Soumia, que no tiene que correr porque la traen en moto, y sin embargo siempre llega tarde y con la expresión, piensa Manuela, de alguien que acaba de ver en la calle un accidente grave.

—Ya estamos todas —dice la profesora—. ¿Quién quiere empezar hoy?

—Yo —contesta Liuba.

—Pues adelante.

# El cuaderno

Es sábado, no tiene que ir al colegio. Sin levantarse de la cama, Juan Camilo coge el cuaderno que solo usa con el psicólogo y se pone a escribir acerca de unas cacatúas blancas que están posadas sobre un cable de luz en una carretera.

El doctor le ha pedido que escriba lo que sueña. Nada más despertarse, para no olvidar nada, porque los sueños «se pierden enseguida». Cuando el médico dijo eso, él estuvo a punto de contradecirle en la pizarra, de escribir que «algunos sí, pero otros no»; pero no lo hizo. Porque no quiere hablarle de esos sueños que se recuerdan mucho tiempo después de que uno se haya despertado, tanto que se confunden con los puros pensamientos. Y al final no se sabe lo que son.

No quiere señalarle al doctor cuáles son esos sueños largos y confundidos con los pensamientos, porque ya ha comprendido que todos nacen y saltan, como animales ágiles, desde el libro querido; y ese libro se lo regaló Elías; y de Elías al médico no le va a hablar, nunca. Porque la verdad puede esconderla en el silencio, pero en el sonido de la voz no podría.

Así que obedece y anota nada más despertarse lo que ha soñado, para no olvidarlo aunque no vaya a olvidarlo. Y hoy son unas cacatúas completamente blancas, quietas sobre un hilo eléctrico, en una carretera que parece de las de aquí, no de las de Colombia.

Porque los sueños pueden mezclar cosas de distintos lugares; los sueños no se extrañan de lo imposible. Y aquí no hay

cacatúas; pero están aquí, quietas sobre el cable, y mudas. Porque en los sueños puede suceder que un animal que siempre está chillando se calle.

Juan Camilo cierra el cuaderno.

# Volar

Deja el arnés en el taller, atraviesa el patio, sube a la terraza. Allí se desviste y amontona la ropa donde siempre; abre la puerta corredera que da al salón…, pero no entra.

Prefiere dar los pasos justos hasta el centro de la terraza.

Siempre piensa que la están observando. La ceguera es una desnudez extrema. No puede dejar de pensar que la gente la mira con la misma avidez con la que miraría a alguien desnudo en medio de la calle, en un restaurante, en la cola de un museo o un autobús.

Pero ahora sabe que es de noche y que, aunque alguien la estuviera observando desde lejos, apenas la distinguiría. Y la casa y la terraza también están a oscuras. Cuando Manuela no está, todas las luces de la casa permanecen apagadas. «Ahorro de energía», suele decirse a veces, provocadoramente, retándose a sí misma. Pero la ironía la vence cada vez. La muele a palos, y la deja maltrecha y enfurecida.

Levanta los brazos. El aire nocturno, frío sobre la piel, es lo más parecido al tacto del mar. Inclina la cabeza hacia adelante, extiende los brazos y empieza a moverlos como si nadara. Una brazada, dos, tres y gira la cabeza hacia la izquierda para coger aire. Cuatro, cinco, seis, ahora a la derecha, vuelve a coger aire.

Nada así. Pero en realidad es como si estuviera volando, desplazándose en el aire.

Los pájaros no necesitan ver para componer en el cielo itinerarios perfectos, rutas sabias que les conducen a su destino.

Los pájaros nunca están a ciegas aunque no vean. Saben lo que quieren y adónde van.

Sigue volando. Uno, dos y tres; giro de la cabeza a la izquierda, coge aire. Uno, dos, tres. Ahora a la derecha, coge aire. Uno, dos, tres…

Los pájaros no necesitan pensar para volar. Tampoco les estropea el vuelo que alguien pueda estar observándoles. Ni siquiera lo imaginan.

Irene detiene su ejercicio. Levanta la cabeza, recoge los brazos contra el cuerpo y vuelve a posarse en la realidad. Como un pájaro, pliega las alas y aterriza.

Siente la piel tirante, endurecida por el contacto con el aire helado. Y la mente igual: tensa, dura. Piedras en el lugar del pensamiento.

Porque los pájaros ni siquiera lo imaginan, pero siempre son observados; igual que los ciegos. Siempre hay alguien apostado, al acecho. Que de pronto levanta los brazos, se lleva la culata al hombro, orienta los ojos útiles y dispara.

Irene entra en casa.

Y el pájaro cae.

Es la rabia sin duda lo que la devuelve a esta vida, cada vez.

# Las llamadas

Cada quince días, Manuela llama a Colombia. Lo hace por obligación más que por necesidad o por gusto. Y esa obligación le pesa cada vez más. Como esos saquitos de arena, lo vio en una película, que se cuelgan alrededor de la cesta para impedir que el globo pueda elevarse. Siente que podría coger más altura, pero que esas llamadas tiran de ella hacia abajo.

«Abajo» son los recuerdos y tal vez los remordimientos. Aunque no haya nada en lo que ella ha hecho que tenga que remorder. Pero a veces una se siente mal simplemente por la tristeza de los otros; sobre todo cuando una no está triste. Y Manuela no lo está; ahora menos que nunca.

Por eso le cuesta más y más esfuerzo llamar a Colombia. Cada vez que oye las voces mustias de allí, como rotuladores de pizarra que ya se están acabando y casi no pintan, los remordimientos se meten en su cabeza y quieren tener razón aunque no la tengan.

Primero habla con su cuñada, que enseguida le pasa a su madre, que como una grabación antigua, con saltitos, repite lo de siempre: todo va bien, no les falta de nada, el hijo trabaja, el dinero que ella manda llega puntual. No hay problemas de salud, ni siquiera en los animales.

Con sus sobrinos nunca habla. Ella desde aquí no lo pide y ellos allí, tampoco. Será porque a los niños no les interesa estar en dos sitios a un tiempo. Solo quieren estar en uno, atentos a todo lo que pasa a su alrededor, disfrutándolo. Solo los adultos

que ya han aprendido a no disfrutar quieren estar en otra parte, aunque luego no se muevan del sitio.

A Juan Camilo tampoco le gustan las llamadas a Colombia, dice que no con la cabeza cada vez que ella le acerca el teléfono. Pero Manuela le obliga a ponerse, por lo menos con Elías. Siempre espera que a Elías el niño le diga algo, que con él se le quite la mudez por fin, por todo lo que allí se decían; que no paraban de hablar.

Pero Juan Camilo no dice una palabra. Solo escucha con el teléfono muy pegado al oído y una expresión que Manuela no sabe si le gusta o no; una expresión que ya no viene del territorio de la infancia, que ya está sobre el camino o el puente hacia otra orilla de la edad. Y Manuela ante esa expresión de su hijo se siente también dividida entre el susto y la alegría de verlo crecer.

# El escondite

Su madre le ha dicho que la mujer para la que trabaja es ciega. Y ahora Juan Camilo se fija en los ciegos que encuentra por la calle. Y los ciegos se parecen; aunque sean distintos de ropa, de estatura y de edad, y haya hombres y mujeres. Todos se parecen. Suelen llevar gafas de sol y un bastón blanco que tiene algo en la punta, como un pequeño flotador. Y él piensa que ahí dentro debe de haber una maquinita que genera una luz invisible que les orienta. Porque los ciegos avanzan por la calle adelantando el bastón y siguiéndolo. Y no se confunden.

Todos los ciegos en los que se ha fijado caminan así, pero no es por eso por lo que se parecen, sino por la expresión. Los ciegos van tranquilos por la calle. No hacen grandes gestos con la cara: de alegría o de preocupación o de prisa o de miedo… Solo gestos pequeños, tal vez, pero que son tan minúsculos que no se pueden distinguir ni interpretar. Es esa serenidad la que une a los ciegos e intriga al niño.

Y ahora que su madre ha vuelto a mencionar a Irene, se le ocurre que tal vez los ciegos están tan tranquilos porque se esconden en su interior, como él se esconde para que los demás no sepan lo que piensa o siente. Nadie tiene que saberlo. Ni sus compañeros del colegio ni sus profesores ni su madre ni el doctor. Tampoco Elías. Aunque ha decidido que no tiene que llamarle Elías ni pensarle Elías nunca más; solo decir de él «aquel hombre».

Y si los ciegos están tranquilos es porque esconderse está

bien; se sienten a gusto en el escondite donde nadie les molesta. Porque al principio seguro que la gente nueva no para de hacerles preguntas, como a él, para saber cómo se sienten y cómo es la oscuridad. Pero luego, cuando pasa un poco de tiempo, ya nadie les molesta.

Aunque tal vez los ciegos no tienen oscuridad por dentro; quizá la noche solo está para ellos en las cosas y en la gente y en el paisaje de fuera; pero en su interior, en su escondite, sigue siendo de día.

Tampoco a él le hacen preguntas ya, solo el doctor. Pero no se siente del todo a gusto en su escondite, por el secreto. El secreto también hace preguntas a su manera. A veces sin parar. Por eso no puede estar tranquilo como un ciego.

Los ciegos seguro que no tienen secretos. Porque cuando es de día por dentro, cuando hay luz, los secretos no encuentran qué comer. Y tampoco saben dónde meterse, dónde agazaparse para atacar.

A Juan Camilo le gustaría ser igual que ellos, una especie de ciego que por dentro no tiene oscuridad.

# La máquina

Jaime llama a la puerta, pero enseguida entra con su llave.

—Soy yo —dice.

Con una voz llena de precauciones. De agujeros, piensa Irene, una malla de voz. Para poder decir solo a medias.

No esperaba a nadie y no se ha puesto las gafas oscuras que se han quedado en la mesilla de noche.

Jaime se acerca con pasos también precavidos. Se detiene en el umbral del salón. Se han visto poco desde el accidente; tampoco antes se veían ya mucho. Pero seguían siendo una pareja. Como las prendas siguen cosidas, armadas en los roperos, aunque ya no se usen. Por demasiado grandes o pequeñas o pasadas de moda.

—¿Cómo estás vestido? —le pregunta Irene cuando se acerca a besarla en el pelo.

Ahora ya solo la besa en el pelo. Un beso rápido; un leve frotamiento, en realidad. Como pasarse discretamente una servilleta por los labios.

—Un pantalón azul y una camisa a rayas —responde mientras se aleja; dos pasos, tres, cuatro y se sienta en el sillón, justo del otro lado de la mesa baja.

A Irene no le gusta que la gente se ponga frente a ella.

—No te sientes ahí. Los ciegos quedamos mejor de perfil.

Pero esa ironía cambia su trayectoria en el aire y vuelve rápidamente hacia ella, como un boomerang, y la golpea. Y la despierta, como si necesitara estar más lúcida aún, más

consciente en este momento.

Claro que los ciegos quedan mejor de perfil, así pueden disimular sus ojos erráticos o desesperados, ávidos de deseos que no van a cumplirse.

—No puedo quedarme mucho.

—¿Y qué más? La ropa, quiero decir. Llevas también una americana, me ha rozado la tela cuando te has acercado. ¿Cuál?

Jaime no responde, pero se desplaza al sillón de la izquierda.

—Tengo una reunión.

—¿Una de las chaquetas que yo te regalé?

—Una azul.

—¿Cobalto? ¿En sarga de lana?

No quiere responder. E Irene sabe que ha venido a dejarla. Porque esa chaqueta es su favorita.

—Una reunión de trabajo. No puedo quedarme mucho.

—Eso ya lo has dicho… Entonces ¿es esa chaqueta o no?

—Sí.

Ahora va a decirle que la deja. La predicción de los regalos es exacta como la tabla de las mareas. Y ahora el mar se retira. Si Jaime hubiera querido agradarla, le habría dicho enseguida que la llevaba puesta. Pero no quiere. Solo desea resolver cuanto antes el trámite de la despedida y lucir esa chaqueta hermosa, que ya no tiene origen, en otra parte. Ante otros ojos, piensa. Pero la ironía ni siquiera se deja pensar y vuelve a golpearla.

—Sé que has venido para irte, así que vete ya.

—De todas formas, ya no estábamos juntos; ya no éramos felices, ya lo sabes. Lo dijiste muchas veces, antes…

—No hables más. Solo vete.

Y Jaime, que nunca obedeció, ahora obedece. Irene oye los pasos. Y cómo se detienen un instante ante la puerta de la calle para representar la escena final, el remate que sella la costura.

Ha debido de posarlas con mucho sigilo, pero la mesita que está junto a esa puerta es de cristal, y ella ha percibido el ruido repelente de las llaves al tocar. Un arañazo ansioso, de rata.

Si estuviera en el taller, al menos podría poner en marcha alguna de las máquinas de coser y escuchar su regularidad, limpia, fiable.

# Elías

Manuela entra por fin en el salón donde Irene la espera, sentada en el lugar de siempre, frente al mar.

—Ya está todo. También le he cambiado la cama.

—Falta que me cuentes alguna cosa; aún no lo has hecho hoy.

—Estaba usted un poco adormilada, no quería molestarla.

—No dormía. Pensaba en unas llaves. Prefiero escucharte a ti.

Manuela se quita el delantal; ella lo oye y siente como si de pronto alguien le hubiera puesto un chal sobre los hombros desnudos: la protección cálida del afecto y el respeto que le inspira esta mujer que está a punto de contarle algo distinto, Irene lo ha entendido, y que sabe que algunas historias necesitan su propio atuendo.

—Por eso fue fácil marcharnos, porque Elías y yo no nos habíamos casado. Yo no había querido. Por nada, no sé; no había sentido por dentro eso que te lleva a casarte; esas ganas que son como manos que te empujan a casarte, a mí en mi interior no me empujaban. Así que solo nos juntamos. Él no pudo hacer nada porque no es mi marido legal ni Juan Camilo, su hijo. Por eso fue fácil marcharnos en cuanto tuve el dinero. Yo no quería el dinero de Elías para comprar los billetes de avión, faltaría más, sabía que nuestra partida le haría sufrir. Es un hombre bueno. Cogí un trabajo; él no quería porque decía que ganaba lo suficiente y que no nos faltaba de nada al niño y a mí. Y es la

verdad, teníamos de todo. Pero yo cogí un trabajo. Y el dinero que ganaba lo fui poniendo bien visible en, como decirlo, la «economía familiar»; quería que Elías viera lo que hacía con el dinero, en qué lo usaba. No es que él me pidiera cuentas, es un hombre bueno y pacífico; pero ¿es un hombre quien no es así? Quiero decir que a veces pienso que hay adjetivos que no pueden ser, que no pueden ir pegados a algunos nombres, porque les quitan todo el sentido, los asesinan. Un hombre «malo» no es un hombre, es otra cosa, ni siquiera un animal, porque los animales no tienen ese tipo de entendimiento que necesita la maldad. Comprendes las consecuencias de tus actos terribles, las ves con toda claridad en tu cabeza y, sin embargo, los haces; así es la maldad. Los animales ese entendimiento y ese cálculo no los tienen. Elías es un hombre a secas, un hombre y ya está, sin adjetivo, que es lo mismo que decir que es bueno. Yo ponía el dinero bien visible en la economía familiar, solo que le quitaba un cachito. Iba apartando una pequeña cantidad para los billetes de avión y para vivir los primeros tiempos cuando nos viniéramos a España. Yo no tenía queja de él y se lo expliqué muchas veces. Porque cuando ya había juntado el dinero suficiente y le dije que me marchaba con el niño, Elías no paraba de preguntarme: «¿por qué, por qué?, ¿tienes alguna queja de mí?, ¿te he hecho algún mal?, ¿te falta algo?». Y yo le contestaba a todas esas preguntas que no, con un no entero. Menos a la última; a la última respuesta le quitaba, igual que al dinero de mi salario, un cachito antes de dársela. Porque sí que me faltaba algo, pero eso a Elías no se lo podía explicar; no quería que sufriera más de la cuenta, que bastante iba a sufrir ya. Pero sí que me faltaba algo. Mire, señora…

—Manuela, te he dicho mil veces que no me llames señora.

—Mire, Irene, hay quien emigra por necesidad económica o por persecución o por miedo o por un horror que te entra de

vivir en un país donde se consiente que pasen ciertas cosas. Antes de conocer a Elías, yo podía haber emigrado por varias de esas razones, pero después de conocerle, no. Él nos dio a mi hijo y a mí lo necesario para vivir decentemente, y serenidad y seguridad. Pero a mí algo me faltaba.

—¿Qué?

—Lo que una mujer tiene que sentir con un hombre. Yo sabía que no iba a ser fácil para mí, por muchas razones, pero me marché de allí buscando eso.

Y se va.

Nadar como coser. Pero también contar como coser; las puntadas justas para que la historia se yerga hermosa, apetecible. Tal vez debería hablarle a Manuela del taller.

# El sueño del libro

Sabe que es el sueño más importante porque lo ha tenido dos veces casi idéntico. Pero eso no va a escribírselo al doctor. Tampoco que es un sueño doloroso, porque él no quiere luchar contra el libro querido, pero tiene que hacerlo. Porque ese libro se lo regaló aquel hombre al que antes llamaba Elías y a veces Eli, y al que ahora tiene que conseguir llamar solo «aquel hombre» en sus pensamientos, y sobre todo no pensar en él. Y para eso tampoco tiene que pensar en el libro querido y le duele.

El sueño tiene muchos detalles. Eso sí puede saberlo el médico, así que Juan Camilo abre su cuaderno y escribe:

«En el sueño, un niño al que no se le ve la cara pasa las páginas de un libro de animales de las selvas. Tigre, león, panteras, gorilas, serpientes, pájaros exóticos.

Se sabe que es un niño porque las manos son pequeñas.

Cuando se pasan las hojas, los animales aparecen como si saltaran de las páginas. Pero al niño no le asustan. Al contrario. Ve a los animales de muy cerca y distingue todos los detalles de los ojos, la boca, las patas poderosas, los dibujos perfectos de la piel».

Al médico no va a decirle que en el sueño el niño piensa que no conoce las palabras necesarias para describir todos los colores y las formas de esos animales. Así que pasa las páginas en silencio, aunque a su lado alguien que no se ve, y que el sueño tampoco sabe quién es, le va preguntando: «¿te gusta?, ¿te gusta?, ¿te gusta?».

Tampoco le dirá que en la segunda vez del sueño el niño sí reconoce esa voz. Al médico nunca va a hablarle de aquel hombre.

Juan Camilo cierra el cuaderno.

# La lucha

Llega a la barandilla del paseo, suelta el segundo cinturón, coge el bastón y busca la papelera que ha estado siempre en el camino de su casa. Sigue en su sitio, junto al banco más cercano a la pequeña fuente. Allí tira el arnés. No va a meterse en el mar de esa manera nunca más.

Vuelve sobre sus pasos, alcanza otra vez el punto exacto de la barandilla y se dirige a su casa siguiendo el itinerario de siempre. Pero esta vez no necesita pasar por el taller.

Se mete en la ducha vestida y va lavando cuidadosamente cada prenda para quitarle los restos de arena y de sal. Luego meterá la ropa en la secadora y la guardará bien doblada en su sitio. Manuela va a alegrarse de no encontrarla sucia y amontonada en la terraza.

Se alegra.

—No ha salido a nadar. Qué alivio.

—No volveré a hacerlo de ese modo.

Manuela está contenta. Cree que se ha rendido por fin, que se ha plegado al sentido común de la supervivencia. No sabe que lo que la ha sacado del agua no es lo común, sino lo singular. Que aunque ya no desea la vida, sí puede interesarse aún por la lucha.

Manuela no puede saberlo. No estaba allí cuando de madrugada se ha metido en el mar, ha avanzado hasta el punto deseado y ha empezado a soltar el cinturón. No ha visto la ola que ella tampoco ha visto, a un ciego todo le llega en emboscadas; y que la ha derribado y le ha hecho perder el arnés.

No ha sido testigo de cómo ella ha buscado con la cabeza, desesperadamente, el camino del aire; y luego, desesperadamente también, palpando, arañando el fondo arenoso, recuperar el contacto con el arnés. Solo porque no quería morir de esa manera, como un inútil que no sabe nadar.

Ella nada muy bien, y lo que pretendía, al entrar en el mar esa madrugada, era soltarse por fin y empezar a nadar en línea recta…, una brazada tras otra, una puntada perfecta tras otra, componiendo el diseño de una muerte elegante y digna. Nadar lejísimos, nadar hasta la extenuación; y luego hundirse, sin energía ya para pensar la muerte.

No estaba dispuesta a morir de otra forma. Por eso ha buscado a patadas el fondo y ha sacado la cabeza del agua, y respirado ávidamente. Y ha empezado a andar a favor de las olas, y a rastrear violentamente el suelo con los pies y luego, sumergida, a cuatro patas, también con las manos… hasta que ha tocado el cinturón.

Entonces ha empezado a serenarse. Se ha puesto de pie, y orientándose por la tensión de la correa se ha girado hasta quedar de cara al horizonte.

Un minuto, dos, tal vez más, sabiendo, sin verlo, lo que se extendía frente a ella.

Y se ha puesto a mover el cordón, a cambiárselo de mano, a sopesarlo. De un lado, nadar hasta la extenuación. Del otro, retroceder y dirigirse de nuevo hacia algo que le resulta imposible volver a llamar vida.

Un minuto, dos, tres, tal vez más… Hasta que ha aceptado

que lo que la define son esos pies y esas manos arañando ansiosamente el fondo. Esa voluntad de no ser ordenada, previsiblemente vencida.

«Irene se ha suicidado», dirían. Era de esperar. Es comprensible.

Le repugna esa burda comprensión. Sus diseños siempre fueron sutiles.

Por eso se ha dado la vuelta y ha empezado a caminar hacia la playa. No quiere la vida ya, solo la lucha.

—Entonces, ahora que viene el buen tiempo —dice Manuela—, podré empezar los trabajos por la terraza.

—Mientras me cuentas algo.

—Sí. Tengo algo que contarle. Creo que estoy un poco enamorada. Es un hombre de aquí.

Y el deseo de ver la expresión alegre de Manuela nace y se abre paso en su interior, a pesar de saber que no tiene futuro.

—¿Estás contenta, entonces?

—Sí, mucho.

—¿Sonríes en este momento?

—Sí.

Y oye cómo Manuela deja en el suelo los productos de limpieza y se acerca a ella.

—Si me deja la mano, se lo muestro.

Y sus dedos son guiados sobre unos labios entreabiertos, unas comisuras tensas, unas mejillas alzadas.

Sonreír también es luchar contra la gravedad que empuja hacia abajo.

—Pronto se va a casar una de sus primas. Me ha pedido que

vaya con él, y así conozco a su familia.

—¿Vas a ir?

—Sí, me apetece.

—¿Qué vas a ponerte?

—No lo sé aún.

—Bueno, ya pensaremos algo.

# Nostalgia

Las mujeres del grupo de literatura quieren volver a sus países, los echan de menos.

—Y tú, Manuela, ¿qué es lo que más echas de menos de Colombia?

Y ella no se decide a responder con un «nada» rotundo. Le parece duro, casi cruel, distinguirse tanto de sus compañeras.

Así que responde:

—¿Qué significa echar de menos?

—Eso —dice la profesora, mientras escribe algo en su libreta—, ¿qué significa para vosotras «echar de menos»?

Y ellas se ponen a responder todas a la vez, y sus acentos se alborotan en el aire como pájaros distintos. Aunque el canto diga casi lo mismo: estar de vuelta allí o que algunas personas y cosas estuvieran aquí.

Manuela no quiere volver, y tampoco desea que nadie de allí venga a visitarla. No es falta de cariño; pero hay cariños que necesitan la ausencia para sobrevivir. La presencia, pesada, memoriosa, los mata.

—Yo estoy bien aquí —dice—; me gusta esto. El mar, por ejemplo, no lo había visto antes de venir. Donde yo vivía había selva, y la selva está llena. Una abundancia increíble de plantas y animales. Pero poco a poco se puede ir conociendo cada cosa. Y un día imagino que se puede saber todo. Es como si la selva tuviera un final. El mar, en cambio, de alguna manera está vacío, lo que tiene lo tiene por dentro; es un misterio y por eso no tiene

límite.

—Eso tienes que escribirlo —dice la profesora.

—Están las playas y las orillas —dice Adama—, esos son límites.

—No —responde Manuela—, porque cuando toca la tierra, el mar no se para, vuelve a empezar. Se te escapa.

—Las flores allí son más bonitas —dice Guisela, que es hondureña—; grandes y jugosas, como de carne.

—¿Y el calor, Manuela, no lo echas de menos?

—Me gusta que aquí cambie tanto el tiempo.

—¿Y la comida?

—La verdad es que aquí es más rica.

Algunas se ríen.

—¿Y el acento? —pregunta Lucrecia, la quiteña—. Aquí la gente habla tan duro…

No les dice que Andoni casi no habla ni que Juan Camilo ha dejado de hablar. Que ella vive rodeada de un silencio blando, pacífico. Ni que aquellas voces en Colombia sonaron como disparos.

—No sé cómo decirlo bien. No es falta de cariño por la gente de allá ni ausencia de recuerdos dulces. Pero ahora estoy aquí y no quiero volver. No es fácil de explicar.

—Inténtalo —dice Soumia.

—Me siento unida y separada al mismo tiempo de todo aquello. Y quiero que así sea. Quiero vivir aquí, solo aquí. No en dos lugares a la vez. Es una cuestión de espacio.

Y a lo mejor esa es la manera de explicarlo bien, aunque ahora no se lo diga al grupo. Colombia está en el mismo tiempo que ella, pero no en el mismo espacio. Y el tiempo no nos pertenece por entero, pero el espacio sí. Y ella quiere que este lugar sea solo suyo y del niño, y de las nuevas personas que está conociendo. Como Irene, que sabe hasta qué punto importa el

espacio.

—Es el espacio. Aquí hay mar, y el mar no se repite como una cascada.

—Entonces ¿no sientes ninguna nostalgia? —le pregunta Liuba, que les ha dicho que habla cada día por Whatsapp con su familia en Ucrania; que sigue centímetro a centímetro la construcción de la casa que está financiando desde aquí; que cocina como entonces.

—No. Yo sabía desde el principio que este viaje mío era solo de venida. La nostalgia es tentación de regreso y no voy a volver.

Ha acabado la reunión. Las mujeres se van. A Manuela la retiene un poco la profesora para decirle que le ha interesado mucho lo que ha aportado al grupo.

—Una visión distinta. Tu relato no va a parecerse a ningún otro.

Pero cuando sale a la calle, se encuentra con Soumia, que está esperando a que la vengan a recoger y que nada más verla le dice, con una voz bajita y vacilante, como una plantita, piensa Manuela, a la que le cuesta salir de mucha tierra:

—Yo tampoco quiero volver. Tampoco tengo nostalgia. Pero no puedo decírselo a nadie. Solo a ti.

No siguen hablando porque ya llega la moto de su hermano y Soumia se pone el casco y se aleja.

# El hombre de la bicicleta

Aquel hombre solía regalarle a su madre cosas de maquillaje y, a veces, ella se pintaba los labios. A Juan Camilo le gustaba verla tan guapa cuando iban de paseo o a la feria. Ahora no le gusta que su madre se maquille.

Pero hoy se ha maquillado. La ve nada más salir del colegio, del otro lado de la verja, sonriéndole con sus labios pintados, tan bonitos. A Juan Camilo le duele no querer que esté guapa, igual que le hace daño renunciar al libro querido, pero tiene que hacerlo.

—Vamos a sentarnos un poco para que meriendes tranquilo.

Y el niño come muy despacio aunque no está tranquilo en absoluto. Solo quiere detener el tiempo. Sabe por qué su madre se ha pintado los labios. El maquillaje siempre tiene que ver con los hombres, y él no quiere a otro hombre en sus vidas.

—Ya es hora de que conozcas a alguien —le dice—, te va a gustar.

Ha terminado de merendar. Su madre saca del bolso un jersey azul, nuevo, y se lo da:

—Quítate el que llevas y ponte este. ¿Te gusta?

A Juan Camilo le gusta, pero no lo dice con la cabeza. Entonces su madre le quita el jersey viejo y le pone el nuevo, con gestos que son suaves pero que el niño recibe como si le dolieran.

—No te muevas tanto, amorcito… Te queda muy bien este

color.

A ella también le queda muy bien el vestido que se ha puesto, por eso Juan Camilo siente ganas de llorar.

—Se llama Andoni y te va a gustar. Sabe mucho de coches y de motos. Tiene un garaje. Te va a gustar. Tampoco habla mucho, os vais a entender muy bien, ya verás.

Y se ríe, igual que un animal precioso que de pronto salta de las páginas de un libro y al que no hay que querer.

Es un hombre alto. Besa a su madre rápidamente en los labios y a él le pone una mano enorme en la cabeza y le mueve un poco el pelo, sin apretar. Luego se da la vuelta sin decir nada y empieza a andar hacia el fondo del taller; ellos le siguen. El hombre abre una puerta y salen los tres a un pequeño patio donde hay varios estantes con piezas mecánicas; y en el suelo, tubos, neumáticos y un bulto grande, tapado con un protector plateado. El hombre lo levanta con cuidado, mientras dice en voz baja:

—Es para ti, Juan.

Y aparece una bicicleta.

Juan Camilo dice no con la cabeza.

—Andoni te enseñará a montar en bicicleta. Él sabe muy bien; incluso sube montañas.

Juan Camilo no quiere que ese hombre le enseñe nada. Y tampoco quiere esa bicicleta, que es preciosa, igual que el libro. Azul claro, con rayas amarillas; y luces delante y detrás; y una cadena con cambios; y ruedas brillantes, del color de la carretera cuando ha llovido. Pero vuelve a negar con la cabeza. No quiere esa bicicleta.

Ni va a querer nunca más a los hombres que hacen regalos preciosos. Intentan convertirse en su padre y se vuelven malos.

# Árboles abrazados

El primer orgasmo en aquel hotelucho de París que, sin embargo, a Sergio y a ella les pareció un palacio. Porque los adolescentes no retienen la realidad, solo sus nombres…, cortinas de terciopelo verde con remates dorados, cabezal de madera labrada, grifería de latón… Y la decadencia, tan extraña, tan lejos, no saben descifrarla.

La cara convertida en careta del primer muerto. Un amigo al que su madre había querido como a un amante, y del que la había animado a despedirse también. Se acercó al ataúd sin temor ni sorpresa. La muerte corre siempre por detrás de los niños, sin alcanzarles.

El primer diseño para una compañera de colegio que tenía una fiesta. Que las rayas agitaran la redondez lánguida de sus formas. Que el naranja revelara su verdadero tono.

La primera vez de la sangre menstrual, en un día corriente, en clase. Y el pensamiento adulto de ser, sin remedio ya, otra.

La primera vez del vértigo amoroso. La certeza, como una cremallera que se abre por dentro, del cuello al vientre, de que es amor, sí, sí, esa exclusividad de la atención, del temor, del proyecto.

Las primeras veces marcan porque no pueden vivirse sin notarlo. Las últimas, en cambio, pasan inadvertidas, despreciadas.

Apenas miró al mar aquel día. Antes de salir, no repasó los apuntes para la nueva colección. No retuvo los rostros de sus

compañeros de tertulia ni el del taxista que la recogió de la emisora.

Durante el trayecto en coche apenas se fijó en el paisaje. Ni siquiera se detuvo en lo último que verían sus ojos; se limitó a pensar, rápidamente, una bóveda de ramas y hojas; árboles abrazados como hombres.

# La fruta

No le va a insistir para que desayune, como si fuera Juan Camilo. Así que recoge la bandeja sin decir nada y la lleva a la cocina. Irene solo ha tomado un poco de té, el resto sigue intacto, el pan con el tomate y el aceite, las nueces, las dos piezas de fruta.

Manuela vuelve al salón y la ve sentada como la ha dejado, junto al olor de las flores carnosas que acaba de arreglarle.

—Voy a empezar por el dormitorio —le dice.

—Bien.

—Este ramo es muy grande; si quiere, le pongo la mitad en otro jarrón en otro lugar de la casa para que huela más.

—Bien.

—Huelen tan rico…

—Sí.

Manuela no sabe lo que ha sucedido, solo que Irene se siente peor. Más triste o desamparada por debajo de su quietud de estatua. Se le adivina, como a las estatuas se les adivinan las emociones aunque no se muevan.

—Pues si le parece, empiezo con las flores y luego hago los cuartos.

—Bien.

Y saca un jarrón del armario y lo llena de agua y se acerca a las flores. Y ese olor que parece caliente de puro dulce le infunde valor; y empieza a repartir las flores muy cerca de Irene mientras le dice:

—Yo si no hubiera tenido aquello por detrás, no habría

sido tan feliz ahora. Es como que te regalen una cosa o comprarla. Parece que cuando te llega gratis o sin esfuerzo es mejor, pero no. Yo me acuerdo de la primera vez que me reí después de aquello. Y de la primera vez que el gusto de la fruta me volvió a la boca. O la alegría de un olor delicioso por la calle.

Y Manuela también piensa ahora en cómo será la primera vez del placer; pero eso aún no se atreve a confiárselo a Irene; cómo será cuando el cuerpo ya se olvide de todo, o mejor dicho, cuando el cuerpo ya no tenga nada que ver con aquello.

—Me acuerdo de esas primeras veces. Por eso, si usted me lo permite, me gustaría decirle que la ceguera es una desgracia, pero que queda lo demás para la alegría. O, cómo decirlo…, igual que una fruta rica que tiene un golpe en algún lado o un podrido o incluso un gusano, pero lo apartas y el resto vale para comer. Y es una delicia, porque las frutas tocadas maduran de una manera más libre, más desordenada, y son más profundas y sabrosas. Lo que quiero decir es que la ceguera es el podrido, el gusano.

Irene gira entonces la cabeza hacia ella. Y Manuela nota que la está mirando, como seguramente miraba en otro tiempo, como mira la gente que ve, con esa atención.

La mira, pero no le pregunta por el gusano, sino por lo que pasó.

—Has dicho «la primera vez que me reí después de aquello». ¿Qué es aquello?

—Eso, Irene, todavía… Eso se lo contaré más adelante. Aún no sé cómo hacerlo.

—Es tu ceguera particular.

—Sí.

—El gusano.

—Sí.

—Que se aparta, dices.

—Y el resto de la fruta es sabroso.

# Cálculo

Solo los que ven pueden improvisar, y actuar con descuido, y no medir la anchura, la largura, el vuelo y la caída de sus actos.

Porque seguro que Lorena la había llamado por teléfono para confeccionar una conversación que las reconfortara a las dos, con el tejido siempre dócil de los lugares comunes. El lino usado, maleable, del tópico afectuoso. Seguro que no tenía previsto decirle:

—Cómo te pones, Irene, de verdad. Luego te extrañará que la gente no quiera ir a verte.

—Lo que me extraña no es que no me vea la gente, sino no ver.

—Ya sé que es duro, pero somos muchos los que te queremos, a pesar de todo.

—¿A pesar de qué?

—Ya sabes lo que quiero decir. Que no estábamos contigo por la fama. Aunque ahora no puedas trabajar…

—Iba a decir «ya veo», pero solo los que veis podéis tener descuidos. ¿No te parece injusto?

—Sola no vas a conseguir nada. No espantes a tus amigos. Por cierto, ¿es verdad lo que me han dicho de Jaime y tú?

—¿Ves? Solo porque no eres ciega puedes permitirte cosas como esa.

—¿Qué?

—No tener tacto; de ningún tipo. Yo, en cambio, tengo que tocarlo todo como un escalador toca la pared de roca. De lo

contrario, me despeño.

Y cuelga el teléfono y lo apaga enseguida para no oír cuando Lorena vuelva a llamarla. Tal vez no vuelve a llamarla; para no saberlo entonces.

Se cambia de calzado y sale por la terraza.

Y por primera vez cruza la playa con el bastón. Llega a la orilla y sin descalzarse se mete en el agua. Solo dos pasos cortos, el mar ni siquiera le cubre los zapatos. Se gira ligeramente hacia la derecha y empieza a andar, manteniendo los pies en el agua y el bastón en la arena, para no perder la línea de la orilla.

Avanza enérgica, rabiosamente.

Pero la rabia no puede ser para ella; es una emoción espontánea, improvisada, errática, sin horizonte; una emoción que encierra. La rabia es indigna de un ciego. Un ciego necesita escapar, como sea, por eso tiene que calcularlo todo.

Debe serenarse, caminar más despacio.

La brisa salada le acaricia ahora el rostro, como una ola pequeña.

A un ciego solo le convienen sentimientos planificados, minuciosos, que no confunden jamás sus objetivos.

El bastón pega contra una roca. Sabe perfectamente dónde está. Busca un lugar donde sentarse. Se descalza. Acerca las plantas de los pies al contacto delicioso del musgo.

Como si caminara sobre esa alfombra jugosa, va apoyando y levantando los pies. Sin la vista no puede moverse entre las rocas, pero sí alejarse de la rabia que es una emoción burda, sin cálculo.

Solo son dignos de un ciego los sentimientos premeditados, diseñados con la precisión de una prenda.

La venganza, por ejemplo. La venganza, tal vez.

Se levanta, se cambia el bastón de mano. Recorre el camino de vuelta despacio, siguiendo la orilla.

# La red

Al psicólogo le parece mejor que ella no suba a la consulta, que el niño entre y salga de allí solo.

—Volver a hablar es desplazarse, dar un gran salto. Y ese salto Juan lo tiene que dar sin red —le dice—; y tú eres la red. Una malla de protección. Así que es mejor que no le acompañes.

—¿Tiene que estar desprotegido, entonces?

—Tiene que sentir una forma de vértigo para querer moverse, romper con esa situación de aislamiento que ha elegido a propósito.

—¿Es apartarse de nosotros lo que quiere?

—No apartarse él, sino que no os acerquéis vosotros. Por alguna razón, teme ese acercamiento.

—¿También que yo me acerque?

—Creo que sí. Estoy tratando de averiguar a qué se debe. He descartado los abusos o la violencia física; e incluso miedos básicos, previsibles en un niño emigrante.

—No creo que eche de menos aquello.

—Yo tampoco.

—¿Qué puede ser, entonces?

El doctor no puede «definirlo» aún; solo sabe que ella tiene que dejar subir a su hijo a la consulta como quien sube solo a lo alto de un trapecio. Y esperar a que el niño salte, sin nada por debajo.

Manuela lo acepta; porque lo entiende. De donde se está sin

nadie hay que salir solo. Como hizo ella. Pero Juan Camilo no ha podido caer en un hoyo semejante. ¿Dónde ha caído, entonces?

Desde el portal oye cerrarse una puerta alta y alguien que empieza a bajar muy deprisa. No quiere que el niño corra por las escaleras y al mismo tiempo lo desea; ese repiqueteo alegre le dice que su hijo tiene prisa por llegar hasta ella y abrazarse a su cintura como hace siempre.

También hoy. Luego Manuela lo aparta suavemente y le da la merienda.

—¿Qué tal ha ido todo, amorcito?

Ha ido bien, responde Juan Camilo sin usar la voz; solo cogiendo el bocadillo y empezándolo a comer con apetito, mientras la mira con esos ojos grandes y tranquilos que no son de nadie.

Lleva en los deditos las marcas azules del rotulador que usa para escribir en la pizarra. Eso significa que con el psicólogo tampoco ha hablado; que no ha saltado aún, que no se ha girado en un aire sin red, seguro de alcanzar el segundo trapecio.

Manuela le tiende el termo de agua. El niño traga lo que tiene en la boca, que tampoco se parece a ninguna, y bebe tranquilo.

# Insectos

Los insectos son sonido, no hace falta verlos para saber que están ahí. Así que un ciego puede reconocerlos. La luz del cuarto estaba apagada, pero Juan Camilo distinguía los ojos de Elías moviéndose en el aire, como insectos muy cerca de su cara. Moscas tenaces que no querían despegarse de él.

A los animales libres no les atacan los insectos, solo a los que están atados. Él había visto a los tábanos martirizando a los caballos prisioneros. Él también estaba prisionero, atado a aquella cama aunque Elías no le tocara. Solo le hablaba, y lo que le iba diciendo eran cuerdas, cadenas, clavos que le impedían moverse.

—Escucha bien todo lo que te digo, porque es la verdad. Tú sabes que no miento.

Él no quería oír, pero oía. Quería pensar en otra cosa, en animales sueltos que saben defenderse. Leones y jaguares y tigres salvajes a los que los otros animales no se acercan, que siempre tienen la cara limpia de insectos.

Pero no conseguía quedarse en esos pensamientos; volvía al rostro de Elías casi pegado al suyo, y a sus ojos saltando, zumbando junto a su oreja como moscas sucias, zancudos venenosos, avispas.

—No has tenido más padre que yo.

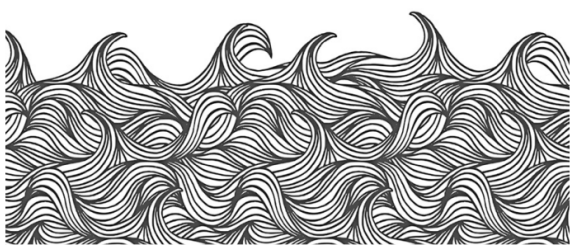
Por fin se despegó y parecía que iba a salir del cuarto. Pero volvió a acercarse a su cara y, como un enjambre enloquecido, le dijo:

—Dile a tu madre que lo sabes. Díselo antes de marcharos mañana. Todo lo que te he dicho repíteselo. Yo soy el único padre que has tenido. Antes de salir mañana para el aeropuerto, díselo. ¿Me has entendido?

Pero nadie le responde a un enjambre, solo trata de huir, como sea. Pensando en las caras limpias de los tigres…, en las águilas que vuelan más alto que nadie…, en los monos veloces que atrapan a los insectos y se los comen…

# II

«Spring air would find its own way to my lung».
Wilfred Owen:
«Wild with all Regrets»



# La clave

Ha llamado a una compañía de limpieza; el taller es demasiado grande para una sola persona y lleva mucho tiempo cerrado. Además, quiere que Manuela lo descubra impecable y en perfecto orden. Porque va a decirle:

—Si quieres, yo te diseño el vestido para esa boda a la que te ha invitado tu novio. Me dedicaba a la moda antes del accidente.

Y como es muy probable que Manuela no la crea capaz de hacerlo, que mantenga cerrada la «caja fuerte» de su confianza, añadirá:

—Una vez me dijiste que la confianza siempre puede abrirse, que en algún sitio está la clave. Yo voy a mostrarte esa clave. Ven conmigo.

Y la conducirá, a través del patio, hasta el taller perfectamente limpio y en el mismo orden en que estaba cuando ella lo dejó aquella última mañana. Era primavera también, debía de haber mucha luz entrando por las ventanas altas cuyo diseño y ubicación ella misma había decidido. «Como un escote bien definido ilumina el cuerpo y el vestido».

—No cambien nada de sitio —les ha ordenado a los de la limpieza—, absolutamente nada, ni una bobina de hilo. Todo tiene que quedar como estaba para que yo pueda orientarme después.

—Sí, desde luego, no se preocupe —se ha apresurado en responder la encargada—, ya me hago cargo.

Y esa última frase se ha elevado tontamente en el aire, igual que un globo lleno de nada.

Porque es imposible hacerse cargo, compartir la perspectiva de un ciego que no comprende ya la perspectiva; ponerse en su lugar porque precisamente lo que un ciego no tiene son lugares.

Quién que no sea ciego va a poder situarse en una oscuridad sin relieve y sin tope, que no se mueve aunque él no pare de moverse; que no se inmuta aunque él recorra cientos de kilómetros, y atraviese ciudades o bosques, o suba montañas.

Cómo va alguien que ve a recoger la carga que supone repoblar los paisajes, reanimar las calles, redecorar los cuartos, reencarnar las figuras humanas solo con el recuerdo; solo con la sustancia friable de la memoria que flota desamparada, como un globo en el aire, sin poder apoyarse en nada.

Quién puede entender lo que cuesta en esas circunstancias recordar.

Como ella hace ahora junto a Manuela, que seguro que está contemplando sorprendida y tal vez entusiasmada, y es posible que confiada ya, el taller que Irene describe con todo detalle: el despacho, las mesas grandes de cortar, la hilera de máquinas, las vitrinas del material, los colgadores, las sillas, cada espejo…

—Y delante de la zona de los probadores, ese espacio diáfano para instalar una pasarela cuando se necesite.

Irene no le dice a Manuela que antes había plantas repartidas por todo el local, delicadas o robustas, como los tejidos con los que trabajaban; inspiradoras de formas; guardianas de armonías. Pero que ella pidió a la empresa de limpieza que las retiraran:

—Están todas muertas, así que llévenselas junto con los tiestos.

Y han obedecido, porque que Manuela dice:

—Qué maravilla de lugar. Y qué limpio y cuidado está todo.

—¿Hacemos entonces ese vestido?

—Sí, claro. Muchas gracias.

—Pues tienes que decirme más cosas de ti… Tu pelo, tu piel, tus movimientos… No se puede vestir a alguien si no se sabe cómo anda.

# La diferencia

La directora del colegio le ha contado a su madre lo de la pelea durante el recreo; que eran dos bandos, cada uno con varios niños, y que Juan Camilo también ha participado con el grupo de su clase. Que han conseguido separarles enseguida, que la cosa no ha ido a mayores, pero que es importante que los padres lo sepan y que no vuelva a repetirse.

—No se repetirá —dice su madre—. ¿Verdad, Juan Camilo?

Esa pelea es imposible que vuelva a hacerse idéntica, así que el niño asiente con la cabeza, porque eso no es mentir.

Y su madre se lo cuenta al psicólogo y él también quiere saber por qué se ha peleado:

—Para estar con los otros —escribe Juan Camilo en la pizarra.

Porque en un juego puedes mantenerte al margen y nadie dice nada malo; pero en una pelea si no participas los demás te llaman «cobarde» y él un cobarde no puede ser, de ninguna manera. Aunque al médico no le cuenta nada de eso.

—Entonces ¿te has peleado para ayudar a tus amigos?

Y Juan Camilo cree que no miente cuando responde que sí con la cabeza, porque esos niños de su clase dijeron «tú, con nosotros» y eso seguro que significa que le consideran su amigo. Y él les siguió voluntariamente.

—¿Cuál fue el motivo de esa pelea?

No puede responder porque no lo sabe.

—¿Y cómo fue? Trata de describirla.

Entonces escribe en la pizarra:

—Golpes, patadas, tirones en la ropa.

—¿Tú también pegaste o solo te pegaron?

—Las dos cosas.

—¿Y qué más?

—Gritos.

—¿Tú también gritaste?

Niega con la cabeza. Y también cuando el doctor le pregunta si lloró.

Al psicólogo le cuesta creer que un niño pueda pelearse en silencio, pero se puede. Anota algo en su cuaderno y le dice:

—Entonces a lo mejor lo que pasa es que querías estar con los otros y al mismo tiempo estar solo, separado de ellos.

—No entiendo —escribe el niño.

—Son tus amigos, pero no quieres actuar exactamente igual que ellos. ¿Te sientes diferente?

Juan Camilo sabe que es diferente, que ninguno de los demás niños de su clase puede tener una historia como la suya: hombres cobardes surgiendo de la selva, como le contó Elías. Por eso escribe:

—Sí.

—¿Y cuál es esa diferencia?

—Que llevo poco tiempo aquí.

De Elías no va a hablarle nunca al doctor.

—Así que crees que solo es cuestión de tiempo.

Por toda respuesta, Juan Camilo saca el móvil, que le ha vibrado en el bolsillo, y se lo tiende al médico. Ya ha llegado el

mensaje de su madre y no quiere mentir.

# Tomar medidas

El cuerpo de una mujer no da miedo; es lo que piensa Manuela cuando Irene empieza a tocarla sin pudor, como tocan los ciegos, para tomarle las medidas del vestido de fiesta que va a regalarle.

—Un diseño exclusivo para ti. Un diseño nuevo…, después de tanto tiempo.

—Es una boda especial para Andoni, porque es su prima favorita. Y estará toda la familia.

—Entonces cortado en la cintura para que la falda coja un poco de vuelo.

Irene enciende la grabadora del móvil para ir guardando las medidas.

—Fíjate bien cómo se hace, tal vez algún día pueda servirte.

Manuela contesta «sí», pero solo está pensando en el miedo que no siente mientras las manos y la voz enérgicas de Irene van palpando su cuerpo, ajustándole el metro y repitiendo los números que ella le lee, para que los recoja bien la máquina: largo total…, cadera alta y baja… cintura…

—Para la manga, con el brazo doblado, fíjate bien, desde el hombro pasando por el codo, hasta la muñeca.

—Sí.

Ahora le pasa la cinta métrica alrededor del pecho. Siente su borde tieso sobre los pezones… y los dedos de Irene.

—Noventa. No necesito los ojos para saberlo, pero

confírmamelo.

Manuela, en lugar de contestar, coge las manos de Irene y las aplasta contra sus senos.

—El cuerpo de una mujer no asusta —se atreve a decir entonces.

Están muy cerca. Siente el aliento de Irene y sus ojos, que buscan los suyos como si pudieran encontrarlos.

—Te escapaste de Colombia, ¿verdad?

—Sí, pero no de alguien, sino de algo. Una insatisfacción…, aunque no es exactamente eso… Es mejor llamarlo una ignorancia. Yo no he sentido nunca placer, ese grande quiero decir… Elías es el único hombre con el que he estado normalmente, pero con él la cama era casi sin cuerpo…, no sé cómo explicarlo.

—Lo entiendo.

—De otro modo no hubiera podido vivir con él.

—¿Y tampoco acariciándote tú?

—Sola no he podido. Ese placer tiene que venir con alguien, lo sé. Y ahora quiero a Andoni, y me gustaría que fuera con él. Pero soy ignorante y tengo que aprender a permitir algunas caricias.

Manuela suelta las manos de Irene, que solo mueve las suyas lo justo para dejar caer la cinta métrica.

—No solo es permitir.

—Sí, lo sé… Esas caricias también hay que quererlas.

—¿Quieres ahora?

Tarda en responder.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿quieres ahora? Y no creas que estoy pensando lo que no estoy pensando. No me confundo. ¿Quieres esas caricias ahora?

—Si a usted le parece.

—Manuela, ya estás otra vez con el usted… Te aseguro que no es el momento.

Y sonríe, y Manuela también antes de responder:

—El cuerpo de una mujer no da miedo.

—¿Es eso un sí?

—Sí.

—Pues vete llevándome tú, por donde quieras, con tu mano.

# Dedos inteligentes

No pensaba en la pesca, una actividad demasiado utilitaria para la imaginación de una niña; pensaba en el aire. Imaginaba que aquellas redes, extendidas igual que alfombras desmesuradas sobre los adoquines del muelle, envolvían el aire, lo sostenían. Le impedían, con sus hilos como dedos inteligentes, escaparse. En la infancia todo se nos escapa. La infancia es un constante tratar de retener y de dar forma. Igual que la ceguera.

Su memoria le concede aún esas redes de pesca; y ella empieza a buscar en ellas, como entonces, un diseño inteligente que la sostenga ahora. Porque le ha prometido a Manuela un diseño original.

—Para que llames la atención casi tanto como la novia.

Y Manuela se ha reído.

—Andoni está seguro de que voy a gustarle a su familia.

—Les gustarás.

Otra vez la risa. ¿Cuánto tarda un ciego en volver a reír? ¿Cómo consigue reírse, por qué poderosa razón?

Ha elegido un mikado natural, azul turquesa pálido, porque la piel de Manuela es bastante oscura.

—Color café con un poco de leche.

—¿Cómo de poco?

—Un poquito más que para un «cortado», como dicen aquí.

—¿Y en Colombia cómo lo llamáis?

—«Pintado» donde yo vivía, pero allí el café se toma sobre

todo «tinto», que quiere decir solo.

Igual que su pelo, que será de un negro perfecto, inmaculado, porque Manuela solo tiene veintisiete años.

Negro tupido, como el del manto falso que la rodea, escondiéndole el aire verdadero.

De alguna manera tiene que conseguir sujetar esta oscuridad, doblegarla; dibujarle por encima un patrón y cortarla luego a su antojo. Diseñar en su ceguera; de algún modo tiene que lograrlo, porque no quiere defraudar a Manuela. Y vuelve otra vez a las redes extendidas sobre el muelle y a las manos de aquellas rederas que las reparaban sin prestar atención a los paseantes, indiferentes a sus miradas, a su curiosidad. Busca entre aquellos dedos expertos que se movían despacio, libres de aprensiones, seguros de su propio talento.

Sale por la terraza, atraviesa el patio, entra en el taller. Directamente sobre la madera de una de las grandes mesas de cortar empieza a dibujar con tiza. Escote barco que realce los pechos pequeños de Manuela; el cuerpo pegado; corte en la cintura; y la falda, con un poco de vuelo, justo sobre la rodilla.

Va a llamar a Lourdes, su mejor costurera, para que la acompañe con los patrones y todo lo demás.

Aquellas mujeres del puerto sabían, con sus dedos inteligentes, reconocer las redes sin necesidad de mirarlas, recomponerlas con los ojos cerrados. Ella también puede hacerlo. Coser como nadar; no tiene que olvidarlo.

# La tentación

Alguien había dejado una escalera grande porque se acababan de instalar en el nuevo piso, y todavía venían amigos colombianos de su madre a ayudar con la mudanza y las obras. Por eso pudo guardar el libro de los animales tan arriba en el armario. Luego esa escalera desapareció. Y Juan Camilo se alegró, porque no sentía la tentación de recuperar el libro, y además, aunque la sintiera, ya no podría alcanzarlo.

«Mucho mejor así», pensó muchas veces, pero eso era al principio y ahora no está tan seguro. Ahora lo que piensa es que si hubiera tenido el libro al alcance de la mano, habría aprendido a luchar contra la tentación. La verdadera tentación, la que existe solo cuando lo deseado está cerca.

Pero no ha aprendido, y ahora no sabe cómo enfrentarse a las ganas de usar esa bicicleta preciosa, que está ahí mismo, guardada en el pequeño trastero del portal. Incluso tiene la llave, su madre le dio una copia hace tiempo para que dejara allí los balones, los patines y las cosas que ella no quiere que suba a casa.

Solo tiene que abrir la puerta de ese cuartito y sacar la bicicleta. Primero para mirarla solamente, como miraba el libro, sin abrirlo. Para tocarla luego, como tocaba el libro de tapas relucientes, retrasando el gusto que iban a darle aquellos animales preciosos que de repente saltaban de las páginas.

Seguro que también es delicioso montarse en esa bicicleta que tiene la forma exacta de las de los mayores, aunque aún sea de tamaño pequeño. Es casi igual a las de los ciclistas de verdad

que pueden subir montañas. Como Andoni, que puede subirlas como dice su madre, y ella tampoco miente.

Y ahora que ha pensado en Andoni tiene menos tentación de la bicicleta. Y también se le quitan las ganas del libro solo con pensar en Elías, aquel hombre que le hizo daño para que él luego se lo hiciera a su madre, lo antes posible, para que no pudieran subirse al avión. No paraba de repetir:

—Dile a tu madre que lo sabes. Díselo antes de marcharos mañana. Antes de salir mañana para el aeropuerto, díselo. ¿Me has entendido?

Pero él no le dijo nada a su madre y se subieron al avión, mucho más alto que cualquier montaña, y ahora están aquí, lejos. Él no le ha dicho a su madre que lo sabe ni se lo dirá nunca. Ni a ella ni a nadie, aunque para eso tenga que quedarse siempre sin hablar.

Porque tampoco ha aprendido a guardar secretos dentro de la voz; solo sabe mantenerlos rodeándolos de silencio, un silencio completo. No sabe hablar y callar al mismo tiempo, como tampoco sabe querer el libro y no querer a aquel hombre que se lo regaló.

Ni querer la bicicleta sin querer a este hombre que seguro que ahora pretende convertirse en su padre, como el otro.

Por eso va a pedirle a su madre que le baje el libro de la balda más alta del armario; seguro que a ella le basta la escalera pequeña, de solo dos peldaños, que guardan detrás de la puerta de la cocina.

Cuando tenga el libro, va a guardarlo en el trastero, junto a la bicicleta. Necesita tener la tentación al alcance de la mano para hacerse fuerte contra ella.

# El ajuste

A Manuela le gusta Andoni porque es lo contrario de lo que parece; y por eso para conocerle de verdad hay que buscarle fuera de la costumbre de pensar las cosas; y ella dejó Colombia para no estar en la costumbre. Para no conformarse con la costumbre. Porque la costumbre es como una ceguera, aunque eso no puede decírselo a Irene, una venda en los ojos que no te deja ver la vida. Es vivir sin vivir. Y es lo que le gustaría decirle a Irene, que incluso en la ceguera suya tiene que haber novedad. O que la costumbre en la ceguera es algo así como dos cegueras juntas que te impiden ver aquello que está por ver aunque seas ciego. Pero eso es muy difícil de decir.

Con Andoni no hay costumbre porque todo en él es casi inaudible y casi invisible y siempre tienes que estar poniendo una atención nueva. Sus gestos verdaderos se hacen debajo de sus gestos más aparentes y hay que sacarlos cada vez, como si fueran nuevos, sin memoria y sin hábito. Por eso le gusta. Por eso también está avanzando en el camino de quererle, aunque a veces siente que ha llegado ya a ese punto, que ya le quiere.

Y ha pensado «punto», pero quererle no va a ser un lugar, un espacio quieto donde te instalas. Sino una superficie viva, como este mar que se ve desde la casa de Irene, siempre latiendo, siempre ofreciendo más profundidades que las aparentes. Igual que Andoni, que tiene unas piernas largas, capaces, en dos

zancadas, de alejarse mucho de ella, de dejarla atrás, y sin embargo camina a su lado con pasitos cortos.

Y siempre parece tranquilo y recién llegado, pero Manuela sabe que acude a sus citas con mucha antelación porque está impaciente por verla; se lo nota en la ropa y en la piel que se le han quedado frías de esperarla en la calle, y por la manera que tiene de mirarla, una mirada como de beber agua por fin cuando has estado pasando mucha sed.

Con Andoni va a tener una vida llena de sorpresas, está segura. Una vida que no va a ser leer un mismo texto, escrito de antemano, como la que vivía con Elías; sino algo muy distinto, una hoja blanca para cada día, una pizarra como la de Juan Camilo, que está escrita y de repente, haciendo un simple gesto con la mano, queda limpia otra vez, disponible para lo nuevo.

Y Manuela, aunque ha terminado el trabajo, permanece en la terraza de Irene que ahora ya no le asusta limpiar porque la ropa mojada también ha desaparecido como un texto viejo, inútil ya. Y se quita los guantes de fregar y se queda mirando sus manos pequeñas y pensando en las manos de Andoni, que parecen hechas para romper y sin embargo solo arreglan: motos y coches, y las piezas invisibles pero sólidas de su vida. Manos que parecen entrenadas para pegar y que solo acarician. Manos que parecen las de alguien descuidado y son las de un hombre considerado y atento a los detalles más pequeños, a las manchitas más diminutas de grasa del taller que se quedan incrustadas en las uñas o entre las líneas de la piel de sus palmas, a pesar de lavárselas tanto.

—Me las he lavado no sé cuántas veces con ese jabón especial, pero siempre queda algo.

—Están limpias, no te preocupes.

—Me han hablado de otro producto; voy a probar. Es que con guantes algunos trabajos no se pueden hacer, no notas el ajuste.

Pero Manuela sí lo nota, incluso ahora que ha vuelto a ponerse los guantes de fregar: las piezas de su vida juntándose, engrasadas, apretándose.

# Canto

El despertar es el peor momento, porque en el sueño olvida. Y los ojos se abren antes que el pensamiento y la oscuridad la vuelve a atacar, como si fuera la primera vez, con aquella mezcla de incredulidad y espanto: en algún lugar tiene que haber un interruptor o un error. Pero no los hay.

Está despierta una vez más, y el conocimiento ya ha ocupado su sitio. Y ahora tiene que comenzar el ritual exacto, esa precisa ceremonia del té en que se ha convertido su vida. Gestos milimétricos; precauciones implacables; una obsesiva anticipación del mal.

Y sin embargo esta mañana alguien canta en la calle. Un hombre, extranjero; ella no consigue identificar ni la melodía ni el idioma. La casa es grande, su cuarto se orienta al mar, la calle queda lejos. Y sin embargo lo oye. Ese hombre debe de tener una voz muy potente para que su canto consiga llegar hasta ella con tanta nitidez.

O tal vez es su oído, que ha crecido como una planta fuerte…, glicinia, buganvilla…, y ahora alcanza las ventanas y las traspasa y se despliega en la calle, orgulloso, sin miedo.

El canto de ese hombre se pega a las hojas y a las flores de su oído, y ella lo recibe ininteligible pero elocuente. Porque ella no puede entender su texto, pero sí su sentido. Es una canción de amor a una mujer, tal vez, o a un país; o a un estado de la conciencia o el ánimo. Cantar para celebrar la esperanza o la alegría de notar la vida fácilmente.

E Irene empieza a imitar ese canto. Su voz torpe se mezcla ahora con la voz experta del hombre de la calle. Las raíces y las flores de su oído vibran al unísono, y la alegría o la esperanza de la calle iluminada entran en la casa a oscuras, con la naturalidad de una savia. Y ella las recibe como se acoge a las visitas gratas, sin prisa, todo el tiempo que quieran quedarse.

Debe de ser rumano el idioma en el que canta ese hombre, porque de vez en cuando reconoce palabras sueltas: *primavara*, *ochi*, *munte*, *buna*, *trist*…

Y las repite. *Trist*, *ochi*, *munte*, *buna*, *primavara*.

# El sueño humano

Es la primera vez, desde que llegaron de Colombia, que tiene un sueño humano. Pero eso no va a decírselo al médico.

Juan Camilo abre el cuaderno donde tiene que anotar sus sueños y escribe:

«El sueño sin animales:

Es un sueño de selva, pero no hay animales. Por esa selva circulan camiones y coches, muy deprisa, como si en lugar de por caminos de tierra y de vegetación fueran por carreteras. Tampoco se chocan con los árboles que están por todas partes. Parece que los atravesaran sin tocarlos; porque eso en los sueños es posible».

Cierra el cuaderno. Al médico solo va a contarle esa parte del sueño. Se levanta de la cama y empieza a vestirse para ir al colegio. Pero enseguida se da cuenta de su error, y vuelve a abrir el cuaderno para arrancar la página escrita.

Porque el doctor no va a quedarse satisfecho, va a querer saber más, como siempre. Y seguro que le pregunta quién conducía todos esos coches y camiones, y si llevaban pasajeros. Y Juan Camilo no quiere mentir, responderle, por ejemplo, que se ha despertado justo cuando han aparecido las personas y no le ha dado tiempo de verlas bien; porque no es cierto.

En ese sueño, de pronto los camiones y los coches que van a toda velocidad se paran, y de cada uno de ellos salen cuatro personas. Siempre las mismas. Cuatro hombres bastante jóvenes, de aspecto corriente, como muchos de los que se ven en Colombia. Las camisas y los pantalones que llevan, por los colores, también son de allí. Aquí los hombres se visten de otro modo.

Ellos no hacen nada en el sueño, solo salir del coche y quedarse quietos junto a las puertas, durante el tiempo suficiente para que se distinga bien que siempre son los mismos. Cuatro hombres corrientes, muy parecidos a esos con los que Juan Camilo se habría cruzado en las calles de Colombia infinidad de veces, sin prestar atención. Sin fijarse en ellos, porque Elías aún no le había hablado y no lo sabía.

# El paseo

Soumia llega tarde a la reunión del grupo de literatura, como siempre. Saluda y, aunque la profesora la invita a sentarse en una de las sillas cercanas a la puerta, no lo hace, sino que atraviesa la sala para acercarse a Manuela. Tampoco se sienta a su lado, aunque hoy faltan algunas mujeres y hay espacio de sobra; solo se agacha y le pregunta al oído:

—¿Puedes salir un momento?

La profesora contempla la escena, pero no dice nada. Soumia añade:

—Coge tus cosas.

Y a Manuela le parece estar en una escena de película, cuando una mala noticia interrumpe una clase y alguien tiene que salir a toda prisa. Algunas veces ha pensado que Soumia vive permanentemente al borde de una mala noticia.

Cuando están en el pasillo, Soumia saca el móvil y le dice:

—Me gustaría pedirte un favor.

—¿Quieres que llame a alguien?

—No. El móvil es para ver la hora exacta. Quedan cuarenta y ocho minutos para que acabe la clase y vengan a buscarme.

—¿Qué favor, entonces?

—Me gustaría hacer algo diferente hoy. Dar un paseo, por ejemplo. ¿Vienes conmigo?

—Sí, claro.

—Gracias. Pero hay un segundo favor.

Soumia baja los ojos.

—Me da un poco de vergüenza pedírtelo.

—No te preocupes.

—Me gustaría que pasearas conmigo, pero no a mi lado. Que caminaras detrás de mí o a un lado, pero apartada. Como si yo estuviera sola, pero sin estarlo del todo.

Un paseo «con red» lo llamaría el psicólogo de Juan Camilo, piensa Manuela.

—No hay problema.

Salen a la calle. Soumia empieza a andar con paso decidido; sabe adónde quiere ir, ha debido de planear mucho este paseo. Manuela la sigue sin hacerse notar. Pasan por delante de la catedral; llegan al río; lo atraviesan por el puente que da a la estación.

Soumia entra, se mezcla con el bullicio de los pasajeros y se pone a dar vueltas por el vestíbulo. Manuela se ha parado junto a un quiosco de prensa y la contempla. Ahora sabe que lo que quería era simplemente andar sola entre la gente, entre mucha gente. Y que ella la mirara de lejos, no para vigilarla, sino para ampararla; como una red que no impide, solo protege los movimientos en la altura.

Es difícil atreverse del todo de una vez; es mejor ir despacio, por etapas. Tal vez con Juan Camilo tendría que ensayar otra cosa; no dejarle subir solo a la consulta del psicólogo, sino ponerle una red en alguna parte. Ser esa red para él, como ahora lo es para Soumia, estando cerca y lejos, presente y ausente a la vez. Para que el niño salte y agarre de nuevo la voz, sin miedo, como un trapecista protegido agarra la barra voladora.

Soumia se acerca.

—Tenemos once minutos justos para volver, y luego me quedarán cinco más hasta el final de la clase. Mi hermano nunca es puntual, pero por si acaso. Ahora, si quieres, puedes andar conmigo.

Y Manuela responde «sí» dos veces, porque también se lo está diciendo a su hijo.

# El espejo

No puede verse reflejada en ninguna parte. Ni en un espejo ni en una superficie pulida ni en la mirada de nadie. Iris palpitantes de los ojos de los demás, que confirman o niegan la belleza; que acogen o rechazan el deseo. Nunca más.

Ha dejado de saber qué aspecto tiene, porque tampoco se toca. El tacto es miedo y no quiere aplicarlo a sí misma. Y el oído no sirve como espejo. El olfato tampoco, porque solo devuelve los lugares comunes de un cuerpo vivo, que sigue funcionando a pesar de todo. El gusto tal vez podría decirle algo, pero necesitaría la alianza del tacto. Y el tacto no quiere dedicarlo a su cuerpo.

No ha mandado retirar los espejos de la casa. No como señal o apuesta de esperanza, porque ya le han dicho que no puede esperar. Tampoco por desafío u orgullo que solo consuelan ante los demás, y ella está sola. Quizá los ha conservado para poder hacer lo que hace ahora, en el salón…, el dormitorio…, el baño…, ponerse delante del espejo y ver, sin necesidad de los ojos, el diseño hermoso, perfectamente entallado al sentido, de algunas expresiones: «tiempo perdido» o «esfuerzo vano»… u obscenidad: alimento para ojos siempre ajenos.

Se desnuda entonces ante el espejo obsceno del baño.

¿En quién se ha convertido? Tal vez el gusto puede decirle algo, pero necesitaría tocarse y el tacto es miedo, anticipación del desastre. El signo distintivo de los ciegos: echar las manos hacia

adelante, hacerlas revolotear en el aire como pájaros perseguidos; hurgar en la oscuridad con los dedos abiertos para no chocar, no caer, no encontrarse frente al peligro o el ridículo. Por eso no se ha tocado más que lo imprescindible desde el accidente. No quiere ser para sí misma una pared, una esquina, el filo de una puerta, el escalón o el agujero fatal.

Ni una sola caricia sobre su cuerpo desde que no ve. Y sin embargo ahora desea acariciarse. Porque tal vez el gusto del placer pueda devolverle una imagen reconocible, aceptable de sí misma.

Se mete en la ducha; pone un chorro templado, casi frío, como un agua de mar; y se busca entre las piernas.

Cuando llega el placer, lo recoge y lo sube a la boca. Va chupando, reconociéndose lentamente en los dedos. Gusto de espejo.

# Sola

Su madre le ha dicho que ya no va a llevarle más al psicólogo porque prefiere que sea con ella con quien hable. «Hable» ha dicho y él ha respondido en la pizarra «bien».

Pero está asustado, porque con su madre mantener el silencio es mucho más difícil que con el doctor. Porque muchas veces tiene ganas de responder a las preguntas que su madre le hace porque sabe que a ella le duele que él siga mudo. Al doctor no le duele. Tal vez le interesa profesionalmente o le preocupa o le enfada no encontrar la solución, pero no le hace mal.

A su madre sí, él lo sabe, y sufre también por no poder evitarle ese dolor. Pero a ella le dolería mucho más el secreto. Por eso tiene miedo de no saber guardarlo ahora que va a estar solo con ella mucho más tiempo, frente a frente como con el doctor; viendo en sus ojos bonitos la tristeza. El psicólogo no se ponía triste; serio sí, pero para ponerte triste por alguien tienes que quererle.

Y él quiere mucho a su madre. Pero no puede decirle que su mudez es una prueba de ese cariño, porque ella no pararía entonces de preguntarle: ¿por qué…, por qué…, por qué? Al principio sí, pero ahora ya no le pregunta el porqué de su silencio, seguramente porque cree que lo sabe. Por esas cosas que le dicen los amigos y sobre todo el psicólogo: el dolor de la salida, la lejanía de los seres queridos, sentirse un extranjero…, cosas de esas. Y que se necesita tiempo para que todo eso se ponga en su sitio o encuentre un nuevo sitio donde ponerse.

Pero se equivocan. Esta ciudad le gusta y se lleva bien con los niños de clase, incluso con algunos se siente mejor que con otros, lo que significa que se están volviendo sus amigos. Y de Colombia solo le gustaría tener cerca a la abuela, pero de todas maneras allí tampoco estaba cerca porque ella vivía en el pueblo, y él ya se había acostumbrado a quererla desde lejos.

Y no le parece mal ver las diferencias con lo de aquí, sentirse un extranjero, al contrario; quiere aprender a ser verdaderamente un extranjero para conseguir pensar en aquel hombre y en lo que le hizo como si pertenecieran a otro país y a un idioma lejano que él no entendiera. Como si él no conociera el sentido de ninguna de las palabras que le oyó decir. Quiere aprender a ser extranjero de aquello. Pero eso los amigos de su madre y el psicólogo no lo entenderían aunque él supiera explicarlo, porque a esas personas solo les parece normal o bien lo conocido.

Con su madre es distinto. Ella lo entendería enseguida si él pudiera explicárselo; porque ella está muy contenta desde que han llegado a esta ciudad, se le ve y además lo dice a cada rato:

—Qué bien estamos aquí… Qué bonito es esto…

Y cosas parecidas que significan que es más feliz ahora. Que sería completamente feliz si él hablara.

—Con lo dulce que es tu voz, amorcito; con lo que te gustaba cantar… Echo de menos aquella dulzura y aquellos cantos.

Y empieza a cantar como entonces…, «porque si no vuela no llega allá…», para que él la siga.

Pero él no la acompaña, la deja cantar sola…, «voy a hacer mi casa en el aire…»; y quisiera llorar, pero tampoco puede porque entonces su madre pararía de cantar y le preguntaría: ¿por qué…, por qué…, por qué?, como al principio. Y él a eso no puede responderle.

# Primera prueba

Juan Camilo está en su cuarto, leyendo un libro del colegio. Desde que vive aquí nunca cierra la puerta de su cuarto, por eso puede oír a su madre, que habla por teléfono con una amiga:

—Acabo de regresar de la primera prueba del vestido. Es precioso y me queda muy bien, aunque Irene dice que aún le falta mucho…

No quiere volver a pensar en la puerta de un cuarto, por eso cierra el libro y sale de la habitación.

—Supongo que sí… Para ella es muy importante que quede perfecto… Y además nota cosas que yo no sé apreciar. A mí ya te digo que me parece ya perfecto.

El niño se acerca a su madre, que le coge con la mano libre, le atrae hacia ella y empieza a acariciarle el pelo.

—Te dejo ahora; le he pedido a Andoni que venga a cenar con nosotros…

Él se apartaría, pero su madre le sujeta. Quiere que oiga lo que va a decirle a su amiga:

—Tenemos que hablar de ese día… Tengo que preguntarle a Juan Camilo si quiere quedarse en casa de Irene; a ella le parece bien.

Cuelga el móvil, lo deja sobre un mueble y sin dejar de abrazarle le pregunta:

—¿Qué te parece?

Y Juan Camilo, para que le deje soltarse, hace en el aire un gesto que representa la pizarra y señala hacia su cuarto. Y ella le deja ir a buscarla.

Escribe «bien» porque cree que su madre le está preguntando por Irene y a él le apetece pasar ese día en esa casa donde todo será tan nuevo y extraño para él que no tendrá tiempo de pensar en su madre en la boda. Pero no era eso lo que ella le había preguntado, sino por la invitación a cenar, y entonces se arrepiente de haber escrito «bien».

Me alegro, amorcito, nos tenemos que ir acostumbrando a estar los tres juntos. Sobre todo vosotros dos… Tenéis que aprender a conoceros.

Pero Juan Camilo no quiere acostumbrarse a ningún hombre otra vez. Ni quiere tener ahora con su madre la conversación que sabe que ella pretende, porque acaba de sentarse en el sofá y le está haciendo con la palma de la mano el gesto de que vaya a sentarse a su lado.

No puede tener con su madre esas conversaciones largas que son de sentimientos, porque él de sentimientos no quiere hablar, porque los sentimientos son como rastrillos, palas, excavadoras… que se ponen a funcionar y no paran de remover y de sacar cosas de donde estaban guardadas.

Y entonces, sin sentarse, escribe «primera prueba», pero no gira la pizarra hacia su madre, porque ese mensaje es solo para él; solo para animarle a hacer lo que sabe que tiene que hacer ahora, lo único que puede hacer para sorprender a su madre y desviarla de esa conversación.

Sale corriendo del salón, y saca de detrás de la puerta de la cocina

la pequeña escalera y la lleva sin soltar la pizarra, haciendo mucho ruido, hasta el armario donde está guardado el libro de los animales. Y cuando su madre llega a su altura, escribe rápidamente:

«Allí arriba está el libro de los animales. Bájalo y léemelo, por favor».

—¿Aquel libro que te gustaba tanto?

Asiente con la cabeza.

—Lo trajiste, entonces… Pues yo creía que lo habías olvidado en Bogotá y que lo añorabas muchísimo… Qué cosas.

Y parece muy extrañada y distraída, como él quería, y por eso se sube a la escalera. Revuelve un poco, y encuentra el libro enseguida.

Y mientras su madre lee, él cierra los ojos para ser como un ciego que nunca ha visto un tigre precioso, ni una pantera como una sombra que no puede atraparse, ni una serpiente con la piel tan perfectamente cuadriculada como la hoja de un cuaderno, ni un árbol lleno de cacatúas multicolores… Un ciego que toca las siluetas de los dibujos que van saltando de las páginas como si no los conociera, como si estuvieran aún sin terminar de hacer, como un vestido en la primera prueba. Como si pertenecieran a un libro nuevo, que su madre le acaba de regalar, solo y completamente suyo.

# Ciegos

Su madre le ha dicho que se pusiera ropa bonita porque aunque Irene no puede ver, seguro que lo nota.

—Ella es así, sabe muchas cosas sin necesidad de los ojos. Y la ropa le importa mucho.

Le recogerán al día siguiente, porque seguro que la fiesta a la que la lleva Andoni acaba muy tarde.

—Vendré mañana temprano a buscarte, no te preocupes.

Pero Juan Camilo no está preocupado, al contrario, se siente bien en esta casa que es la más bonita que ha visto en su vida, con tanta luz que el aire de dentro parece el de fuera. Y además esta mujer le interesa. Y le sorprende pensarlo de ese modo: «me interesa», lo mismo que pensaba a veces cuando tenía delante las imágenes de los animales del libro recuperado. Me interesan, se decía, quiero saber muchas más cosas de ellos, cómo consiguen camuflarse; o adivinar, antes de que aparezcan los signos en el cielo, que llega la tormenta o la sequía; o caminar por la selva, tan llena de hojas y de ramas, sin hacer el menor ruido…, como si conocieran senderos limpios, sin estorbos, invisibles para los demás.

Ahora está pensando cosas parecidas. Quiere saber más de Irene, que tal vez ha notado ya que se ha puesto su mejor ropa; y que también se mueve por el enorme salón como si no hubiera obstáculos, ni mesas ni sillones ni esa estantería con libros y

objetos preciosos que divide el espacio como una pequeña pared. Igual que un tigre en la selva, ella no se choca con nada.

Irene se dirige ahora hacia el ventanal que da a la terraza, se sienta en una butaquita y le llama:

—Ven, Juan, siéntate aquí en el suelo, a mi lado.

El niño obedece. Y se queda muy quieto cuando ella empieza a tocarle la cabeza. Y, sin embargo, Irene dice:

—No tengas miedo.

Como si hubiera notado lo que él no nota. Porque no cree estar sintiendo miedo, sino esa curiosidad parecida a la que le daban los animales del libro querido, sus vidas salvajes y aun así apetecibles.

Ella, con una mano, se saca del bolsillo de la chaqueta un pañuelo verde oscuro, y con la otra le busca los ojos.

—Ciérralos y no te asustes, porque no voy a hacerte daño. Solo quiero que pienses.

Le cubre los ojos con esa tela, que es muy suave y debe de ser muy larga, porque le da muchas vueltas alrededor de la cabeza, como un turbante. Y ahora es posible que esté un poco asustado, porque se aferra dentro de su cabeza a la imagen del niño mahout del libro querido, que cabalga, sonriendo, sin ninguna inquietud, a lomos de un enorme elefante.

—¿Te aprieta en los ojos?

Hace no con la cabeza que Irene sujeta aún con las dos manos.

—¿Ves algo?

Vuelve a negar.

—Pues entonces levántate, apoyándote en mí, y empieza a

andar solo por la habitación. Y no te quites el pañuelo hasta que yo te diga.

Ahora sí está asustado, porque apenas puede sostenerse en pie. Y además imagina lo que Irene quiere hacerle. Da varios pasos, no sabe en qué dirección, y se cae.

—Te has caído, claro. Todos los ciegos se caen al principio. Pero ya sé que no te has hecho daño, porque no has encontrado ni una sola esquina y la alfombra es muy blanda. No se te ocurra quitarte el pañuelo y no trates de levantarte. Quédate ahí, ciego y caído. ¿Has entendido?

Y Juan Camilo asiente con la cabeza aunque sabe que es inútil. Y luego se queda muy quieto, como si la voz de Irene no fuera solo una voz, sino también unas manos que le sujetaran y le obligaran a obedecer. Una voz como una cuerda atándole, otra vez.

—Ciego y caído. Porque de repente te despiertas, y es así. Ibas en el asiento de atrás de un coche, sin prisa, por una carretera pacífica, y de pronto sale no sé sabe de dónde, del infierno, un anormal y se echa sobre vosotros. Ni siquiera le ves llegar porque estás mirando una bóveda de ramas frondosas. Y luego ya no vuelves a ver nada más. No te levantes, solo acércate a gatas; estás muy cerca, guíate por mi voz.

El niño mueve en el aire un brazo hasta que toca las piernas de Irene.

—Acércate más.

Cuando está pegado a sus rodillas, ella le quita el pañuelo y empieza a acariciarle el pelo. La luz a Juan Camilo ahora le parece espesa, como si fuera agua.

—¿Cómo te atreves a no hablar, pudiendo hacerlo? ¿Cómo puedes despreciar eso que tienes? Ponerte una venda delante de

la boca. Una mordaza, se llama. ¿Cómo puedes amordazarte a ti mismo? Convertirte en un ciego de la voz, ¿cómo te atreves?

Pero, aunque Juan Camilo quisiera hablar ahora, esas preguntas no podría contestarlas. Porque no sabría hacerlo sin que le asomara, por algún lado, el secreto. Y esa mujer lo encontraría enseguida, como encuentra todo lo invisible.

—Está bien. Ahora apártate un poco, que voy a levantarme y a cambiarme de ropa. Nos vamos a la playa. No sabes las ganas que tengo de nadar un rato.

# Aquí, aquí

Sale de casa en albornoz, con el gorro y las gafas de natación puestas. No quiere que nadie pueda verle los ojos en la calle y sentir por ella lo que ella sintió alguna vez por otros. Esas emociones que provoca la ceguera que te asalta al pasar y te avasalla. Compasión o dentera o temor irracional a alguna forma de contagio.

Tampoco quiere que la vean andar con bastón, por eso le pide a Juan que le coja de la mano y la conduzca «de la manera más natural» posible hasta el borde del mar.

El niño obedece, y la lleva muy despacio por la superficie regular del paseo, y luego, aún más lentamente, por la arena incierta. Le suda la mano; debe de imaginar lo que le espera y no quiere llegar. Ella sí quiere, cuanto antes, pero se pliega a ese ritmo moroso que encierra también, está segura, una forma de generosidad. Por eso le dice:

—Estate tranquilo; nado estupendamente.

Pero no hay cambios en la mano pequeña ni en el ritmo de la marcha.

Por fin la arena firme y enseguida el agua. Cuando la siente en los pies, suelta la mano del niño, se quita las chanclas, abre el albornoz y lo deja caer hacia atrás, sobre la arena.

—Supongo que no vas a decirme si sabes nadar. En cualquier caso, no serviría de mucho. Pero sí hay algo que puedes hacer por mí.

Se ha metido en el agua hasta la cintura, se ha girado un poco hacia la derecha y luego se ha echado hacia adelante y se ha puesto a nadar, paralela a la playa. Juan Camilo tiene que seguirla por la arena y gritarle, algo, lo que sea, para que ella sepa en todo momento dónde queda la orilla. Eso es lo que le ha pedido:

—Tú me sigues por la playa y me gritas cualquier cosa, lo que te parezca. Lo más fuerte que puedas; porque lo importante es que yo pueda oírte y saber, en todo momento, dónde queda la orilla.

Y sin darle tiempo a reaccionar, se ha metido en el mar. Y ahora nada deprisa, y se está alejando, y el niño no sabe qué hacer y se pone a correr por la orilla, metiendo los pies en el agua. Y ya está a su altura, pero sabe que ella no puede verle. Y ella se aleja y él tiene que correr más. Y primero sale el llanto; lágrimas tan gordas que parecen venir de fuera, como gotas de lluvia. Y ahora siente que las palabras empiezan a moverse dentro de él, a temblar, como esos barcos que ve anclados en la bahía. Las siente subirle por dentro, porque Irene sigue nadando muy deprisa y él sabe que tiene que correr y gritarle, lo que sea, para que no se desvíe y se pierda.

Y las palabras ya se agitan en su boca, como barcos que quieren soltarse de la amarra, y entonces dice «aquí», primero bajito pero luego gritando, porque no puede dejar que Irene se aleje tanto que no pueda volver.

Sigue corriendo y gritando «aquí, aquí». Corriendo más, porque ella nada muy deprisa, y gritando con más fuerza «aquí, aquí». Y ella debe de oírle, porque nada paralela a la playa, sin torcerse, perfectamente recta, como las líneas de palabras de un libro.

Irene se ha parado y el niño también se para, y cuando ella se da

la vuelta y empieza a nadar en sentido contrario, él hace lo mismo, y corre y grita «aquí, aquí», pero ahora más tranquilo, porque están volviendo. Él fuerza el paso para llegar primero al lugar donde han dejado el albornoz y las sandalias, y entonces grita:

—Aquí están las cosas. Aquí, aquí… Aquí están las cosas. Aquí, aquí, aquí, aquí…

Y no para de decirlo para que Irene pueda agarrase a sus palabras como a una barandilla y ponerse de pie y salir del mar y llegar tranquilamente hasta la ropa.

—¿Ves, Juan, como no es tan difícil?

El niño, ahora que ella está salvo, prefiere no responder, proteger su voz como si fuera antes. Pero ella no va a dejarle:

—Ni se te ocurra callarte otra vez.

Y entonces, para ponerla lo más lejos posible del secreto, Juan Camilo dice:

—Nada muy bien.

—Te enseñaré si quieres.

—Sí.

Empiezan a andar hacia la casa. Sigue con las gafas puestas, pero se ha quitado el gorro de baño y debe de estar muy despeinada, porque Juan le dice:

—Si se agacha, puedo arreglarle un poco el pelo que se le ha alborotado.

Y en ese gesto delicado ella reconoce la herencia de Manuela, pero probablemente también la de alguien más. Aquel hombre con el que vivieron tanto tiempo y que tal vez Juan extraña al punto de quedarse sin voz. Por eso, mientras los dedos del niño le van ordenando muy despacio el pelo, le pregunta:

—A tu madre creo que la conozco bastante bien, pero Elías

¿cómo era?

Entonces él retira bruscamente la mano y dice en un tono más agudo, como de niña:

—Ya está el pelo.

Y mientras Irene se endereza, añade con la misma tensión en la voz:

—Aquel hombre no era mi padre.

Y ella siente abrirse, como en la superficie de su propia piel, la herida.

—Claro que no, qué tontería. Manuela se basta y se sobra para educarte sola.

Y siguen caminando hacia la casa, en silencio, hasta que Irene, que ha debido de ver asomarse el secreto como ve todo lo invisible, le dice tal vez para ayudarle y alejarlo también lo más posible:

—En cuanto lleguemos, vamos a hacernos un rico té bien caliente. ¿Te gusta el té?

—No sé, nunca he tomado.

—Pues ya va siendo hora de que lo pruebes.

# Bailar

Manuela se siente feliz; todo el mundo la ha recibido con afecto en la fiesta y además han elogiado su vestido:

—Es un diseño nuevo de Irene Muguerza.

Algunas mujeres habían oído hablar de ella y visto sus modelos, «tan bonitos pero tan caros».

—A mí me lo ha regalado; trabajo para ella.

—Creía que ya no diseñaba —ha dicho una de las invitadas —, por lo del accidente.

Y Manuela ha respondido, deseándolo más que pensándolo:

—Creo que va a volver.

Cuando empieza el baile, Andoni se quita la corbata y la chaqueta. Tal vez no sea el más alto de la fiesta, pero a ella se lo parece. Y el que tiene el pecho más acogedor y más firme, bien visible bajo la tela fina y entallada de la camisa.

«No basta con permitir», esas caricias también hay que desearlas. Y Manuela las desea. Quiere las manos fuertes y sin embargo buenas de Andoni, avanzando a pasitos cortos por su cuerpo. Y luego lo demás.

—El único que sabe bailar en este boda es ese chico del pantalón rayado.

—Será porque es venezolano. ¿Quieres bailar con él?

—No, quiero seguir bailando contigo.

—Ya ves que bailo mal.

—Tienes que dejarte llevar.

—Yo quiero, pero mi cuerpo no quiere.

«No sabe cómo querer» ha añadido Andoni, y a ella le ha recorrido por la espalda una emoción sombría, complicada, que ahora que la música ha cesado y ellos vuelven a su mesa, trata de entender. Debe de estar hecha, al principio, del temor a querer y que los cuerpos no quieran, el suyo o el de Andoni, después de que ella le haya contado aquello. Y en el medio, debe de llevar también la rabia por depender aún de esas dudas. Pero ella no sería Manuela, que ha hecho tres viajes muy largos para llegar hasta aquí, si esa emoción, en su parte final que es la que más cuenta, no contuviera la energía para protestarle al cuerpo, para agarrarlo fuerte y enseñarle por donde hay que ir, el ritmo y los pasos, como en un baile bien llevado.

—Luego, cuando estemos en el hotel, tienes que ayudarme a dejarme llevar —le dice a Andoni.

—Sí; nos vamos cuando quieras. A mi familia, para no ofenderles, le he dicho que tenemos que marcharnos temprano para ir a buscar al niño.

—Ya sabes que primero tengo que contarte una cosa muy difícil, y que a lo mejor cambia lo que sientes por mí.

—No puede haber nada tan difícil. Y el hotel es muy bonito. Estuve ayer para que me enseñaran el cuarto que van a darnos. Tiene ventanas muy grandes, pero las llena completamente la vista del mar.

Entonces Manuela siente que la abandonan el temor y la rabia, y le pregunta, dejándose ir, como en el ensayo del baile que harán luego:

—¿Y la cama?

—Toda blanca y muy grande.

—¿Para qué tan grande si vamos a estar muy juntos?

Y Andoni se sonroja y responde, tropezándose un poco con la voz:

—Nos iremos cambiando. Más sitio, más momentos.

# El acento

Juan Camilo ha pensado muchas veces en cómo sería su voz cuando volviera, con qué acento hablaría. Y ahora sabe que su voz se ha ido transformando en su interior igual que él mismo; que se ha ido haciendo de aquí como él mismo, o mejor aún, que la voz se ha alejado de aquello mucho más perfectamente que él. Porque a él aún le faltan cosas importantes por olvidar.

Y le está hablando a Irene como alguien de este país, con el acento de Juan solamente, sin el Camilo. Y también piensa que entender por primera vez algo es como haber sido ciego antes y de pronto empezar a ver; y lo diferente que tiene que resultar todo entonces. Lleno, lo que estaba vacío. O tal vez al revés, porque la oscuridad puede que no tenga el menor espacio libre por dentro. Estaba oscuro en su cuarto aquella noche, pero las palabras de Elías lo llenaban como los muebles repetidos en una tienda, o peor aún, como el equipaje tan apretado en la maleta que no cabe nada más.

Pero tiene que conseguir no pensar en aquel hombre mientras Irene prepara el té y él la espera en un salón lleno de luz y con mucho espacio entre los muebles. Y por eso se concentra en el acento. Porque tener voz después de haber estado tanto tiempo en silencio es como haber sido mudo antes, mudo de nacimiento, y hablar por primera vez en la vida. Con el acento que corresponde; un acento sin memoria del otro.

Y entonces se levanta y se acerca al gran ventanal y dice «terraza» y «maceta» y mar «azul», pronunciando bien las zetas,

como la gente de aquí. Y se da cuenta de que no le cuesta el menor esfuerzo, porque él es de aquí. Un niño de aquí que habla con el acento de su sitio y de su vida. Terraza, maceta, azul, y el silbido rasposo, delicioso, de todas la eses… sentado otra vez en este sillón, solo en este salón…, esperando a Irene, que está en la cocina preparando el té. Porque ya es hora de que él lo pruebe.

Y dice en voz alta, pronunciando bien todas las letras:

—El acento sabe perfectamente lo que hay que hacer.

Y lo vuelve a repetir más alto:

—El acento sabe perfectamente lo que hay que hacer.

E Irene le ha oído, porque ya está entrando en el salón con la bandeja del té y le dice como si viera:

—Quita todo lo que hay en la mesa baja para que pueda poner la bandeja y dime qué sabe hacer el acento.

—Ponerse lejos.

Y entonces ella hace con los labios un gesto bonito, que no es una simple sonrisa, sino algo más importante, piensa Juan, más inteligente.

Lleva la bandeja hasta el salón y la coloca sobre la mesa baja. Sabe que está vacía. Y también que el niño está cerca. Le llega su olor a cuero joven por su esfuerzo y su miedo de antes.

—Sírvelo tú, con cuidado. Y añade un poco de leche en cada taza. Solo eso. Es mejor que te acostumbres a tomarlo sin azúcar.

Oye cómo el té cae en las tazas sin sobresaltos. Juan debe de estar sirviéndolo con la delicadeza que, en la playa, ha puesto en arreglarle el pelo. Trata de imaginarlo. Sabe, porque hace un rato le ha palpado la cabeza antes de vendarle los ojos, que tiene el pelo muy corto; y las pestañas firmes; y las facciones de un niño delgado. Pero quiere saber más. La curiosidad distrae, por

eso a veces se confunde con la alegría.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve, casi diez.

—¿Cómo eres?

El niño no responde.

—Físicamente, quiero decir. ¿Delgado, alto o bajo para tu edad, moreno…?

—Delgado. Dicen que bastante alto para mi edad. Moreno ¿cómo?

—¿Con el pelo oscuro?

—Sí.

—¿Te pareces a tu madre?

Juan no responde y, por lo que ha sucedido en la playa, Irene imagina que es porque no quiere hablar de su padre. Y que dejó de hablar precisamente porque no quiere hablar de su padre. Pero ese niño la ha ayudado a nadar, y ahora ella va a ayudarle. No es ningún diseño sofisticado lo que le empuja a hacerlo, sino el trenzado básico de lo justo. «Allí y aquí».

—¿Te gusta el té?

—No sé aún. Tengo que beber más.

—Tienes razón. El té no es como el chocolate o los dulces que convencen enseguida; el té necesita su tiempo. Así que, si quieres, puedes venir de vez en cuando y vas aprendiendo.

—Sí.

—Venir tú solo, quiero decir.

—Sí.

—Y aprendemos también a hablar de todo.

—Sí.

—Te desplazas solo unos centímetros y el paisaje entero cambia. Eso aún lo recuerdo. Nadar hoy ha significado para mí esos centímetros. De alguna manera me he colocado en otra parte, muy lejos de donde me encontraba; y tú me has ayudado.

No voy a olvidarlo. ¿Qué quieres que haga por ti?

—No me gustaría que mi madre supiera que ya hablo. Todavía no quiero hablar con nadie más; solo con usted.

—Contigo.

—Solo contigo.

—De acuerdo. Pero de todas formas no pensaba decírselo; es cosa tuya.

—Y también quisiera pedirte otra cosa.

—¿Qué?

—¿Te parece que hablo como un niño de aquí?

—Sí, claro. Ya eres de aquí, ¿no?, ¿cómo vas a hablar si no?

—Pero si me equivoco con el acento, ¿me corregirás?

—Sí, te ayudaré con eso, no te preocupes. Todos tenemos que alejarnos de algo. ¿Te has tomado todo el té?

—Sí.

—Pues sírvenos otra taza. Y después nos ponemos a preparar la cena.

# Detalles

Tiene razón Andoni, el cuarto es muy bonito y a través de las grandes ventanas se ve el mar del anochecer moteado, como una piel o un tejido lujoso, por las luces que le llegan del paseo y de las casas que rodean la bahía.

En una de esas casas que se ven a lo lejos solo como puntitos brillantes están Irene y Juan Camilo. Un niño mudo a cargo de una mujer ciega. Y sin embargo Manuela no se inquieta, sabe que están seguros uno al lado del otro; que, entre todas las cosas que ambos llevan por dentro y que ella no comprende aún, hay algo que sí entiende, que sí consigue imaginar y que es como un imán en la espalda de una figurita o un ganchito detrás de un marco: una pieza pequeña y oculta, pero que basta para sujetarse y no caer. Y ellos no van a caer, está segura. Y además Irene dentro de su casa no parece ciega; y a Juan Camilo le ha dejado su móvil, con todos los teléfonos preparados, por si pasaba algo. Pero no va a pasar.

Andoni la está esperando sentado al borde de la cama. Le brillan los ojos, como si a él también le alcanzaran las luces del paseo.

—Tienes razón, el hotel es bonito.

—Tú más.

—Ayúdame a quitarme el vestido. Es mejor que hablemos metidos en la cama. Quiero sentirte y que me sientas.

—Nos va costar esperar. ¿Y si hablamos más tarde?

—No, tiene que ser antes, porque es una historia como un cuchillo y va a cortar; no sé qué ni cuánto ni por dónde; espero que por buen sitio, y que a mí me suelte y a nosotros no.

Andoni le quita el vestido y luego se desnuda. Ella se mete en la cama, pero a él le pide que no lo haga aún, que se quede de pie, desnudo, un rato más.

—Déjame mirarte, por todos lados. Muévete hacia la luz para que pueda llenarme de detalles de tu cuerpo. Porque aquellos cuerpos fueron sin detalle. Yo cerré los ojos para no verlos. Eran tres. Así empieza la historia.

Andoni ya está a su lado en esa cama a la que le sobra sitio por todas partes, porque ellos se han puesto muy juntos en el centro.

—Sonaba el agua como si la cascada tuviera en algún lado el botón del volumen y alguien lo hubiera subido hasta el máximo. Alguien bondadoso, un dios o una maga, pensaba yo, que me permitía tapar, con aquel sonido torrencial, los otros sonidos. Aunque no hay que llamarlos sonidos porque fueron solo ruidos, unos ruidos terribles que nadie bondadoso puede imaginar.

Y luego le habla a Andoni de Juan Camilo, que primero fue un temor y luego, muy poco a poco, una alegría; y después, a partir de ahí, mucho más deprisa, una felicidad. Y que ella mantuvo los ojos cerrados todo el tiempo, porque los hijos se saben en el cuerpo en el instante exacto de concebirlos; todo el tiempo mantuvo los ojos cerrados, y por eso el niño no es de nadie más, solo de ella.

—Ya está, ya he terminado.

Entonces Andoni salta de la cama y se va al baño. Y con la puerta abierta para que ella pueda verle bien y recoger todos los detalles, empieza a lavarse las manos, a frotárselas primero solo con la pastilla de jabón y luego también con el cepillo de dientes. Para arriba y para abajo y muy fuerte en las uñas.

Y vuelve a la cama con las manos calientes y enrojecidas, y ella le dice:

—Ya sé por qué lo has hecho. Es tu manera de explicarme que vas a ser bueno conmigo.

—Sí, siempre.

—Y que ahora con esas manos tan limpias vas a acariciarme, y a darme placer.

—Sí. Y tú, con los ojos abiertos.

—A lo mejor no lo consigo todo el tiempo —responde Manuela, sonriendo ya.

—Solo al principio… Luego ya no importará; al contrario.

# Seda

Fue una reacción espontánea, sin preámbulos en su cabeza. Manuela, con ese tono «cristaleado» que se le ha puesto en la voz, no paraba de hablarle del grupo del «relato del viaje», como ella lo llama, y de cómo esas mujeres elogiaban su vestido:

—Desde que han visto las fotos, no dejan de mandarme mensajes.

—Pues diles que voy a regalarle un diseño a cada una.

Más tarde quiso pensar en esa reacción como en una forma de original venganza: esas mujeres inmigrantes, que son empleadas, camareras o cuidadoras de ingresos modestos, luciendo modelos exclusivos ante la mirada atónita y celosa de sus «señoras». Algunas de las cuales fueron o desearon ser clientas suyas, y pensaron, seguro, después del accidente, que ya no habría más diseños de Irene Muguerza, y que por lo tanto podían ahorrarse la molestia de desearlos o echarlos de menos.

Pero enseguida supo que su gesto no tiene nada que ver con la venganza, que no posee ninguna de sus características: no va a la contra, sino a favor; no está destinado a viejos conocidos, sino a perfectas desconocidas, a mujeres que ni siquiera han acabado de llegar a su vida. Pero sobre todo se distingue de la venganza porque no se conformaría con la fealdad, por muy eficaz y exitosa que fuera; sino que aspira, como esas mismas mujeres, a un tejido más noble.

Ha vuelto a contratar a Lourdes y más adelante, cuando llegue el momento de cortar y coser los modelos, llamará a

algunas de las costureras del antiguo taller. Son nueve diseños en total, uno para cada una de las integrantes del grupo, que proceden de otros tantos países. Les pidió que vinieran por separado y en días diferentes para que Lourdes, con la ayuda de Manuela, les tomara las medidas. Y así lo han hecho.

Manuela aprende deprisa y parece gustarle el oficio. Y Lourdes está deseando volver definitivamente. Y tampoco sería difícil recuperar a algunas de las antiguas costureras. Pero no quiere sentirse cómoda en esa tentación; al contrario, quiere que le tire por todas partes como una prenda mal medida. Y cierra el cuaderno de dibujo, ante el que se siente capaz de engañarse; y enciende el ordenador «adaptado», esa máquina inteligente y despiadada, que impide olvidar.

«Las tentaciones no están nunca al alcance de un ciego», escribe en la pantalla que se deja leer. Pero lo ha escrito tan ordenadamente, tan de corrido, que le parece una frase dictada por otro; nacida de una voluntad extraña, enemiga, tal vez desde el interior del propio ordenador. Así que la borra enseguida. Y apaga la máquina y abre el cuaderno, y dibuja un trazo que no ve pero sí comprende y puede prolongar y completar con otros…; y mientras dibuja, se deja tentar por la alegría de Manuela, que aprende muy deprisa y que incluso es posible que esté ahora mismo, en su casa, haciendo planes con este nuevo oficio; porque Manuela en la cabeza solo tiene aliados.

Cada día ha venido una mujer distinta, y mientras Lourdes y Manuela le tomaban las medidas, ella, sentada un poco más lejos,

le iba haciendo las preguntas que necesita para diseñarle la ropa: sobre la textura y el color «exactísimos» de su pelo y su piel; sobre el relieve de sus caderas y sus senos; sobre la firmeza de su apoyo al andar…

—Descríbemelos no como lo harían los demás desde fuera, sino tú desde dentro.

Y esas mujeres, que son todas extranjeras, han buscado en sus idiomas los nombres y adjetivos más justos, y luego los han traducido a un muestrario de palabras que si fueran tejidos parecerían hechos con fibras nacidas de otra Naturaleza o de la imaginación de otra ciencia. Reflejos «mermeleados», caderas «colinadas», senos para «escotear» bien; colores oscuros «gasoleados» de tonos más claros… Y luego todos los matices, «resbalosos», «serpenteantes», «calambrosos» de la seda que esas mujeres llevan a flor de piel; y que todas llaman distinto y sin embargo en un idioma idéntico. Porque la seda es, para todas ellas, el símbolo del placer y del éxito.

Y ella le ha repetido lo mismo a cada una cuando se han acercado para despedirse:

—Hay muchos tejidos de seda: shantung, tafetán, crepé… Ahora que ya te conozco, voy a elegir el más adecuado para ti.

Quién puede comprender mejor las posibilidades de la seda que un ciego que sabe leer con los dedos. Pero eso solo necesita repetírselo a sí misma.

# El relato

Incluso Guisela ha llegado a la hora; solo falta Soumia, pero la profesora quiere empezar puntual:

—Para que luego no nos falte el tiempo. Hoy es tu día, Manuela, ¿qué nos has traído?

—He traído un texto que les quiero leer. Ya está terminado, no voy a tocarlo más. Y como dicen al comienzo de algunas películas, les aviso de que lo que viene es duro. Por si alguna prefiere no escucharlo.

Nadie se mueve.

—No es el recuerdo, sino el relato de uno de mis viajes; una forma de ficción, como usted nos ha enseñado, Julia. Lo que quiero decir es que esa mujer se ha vuelto un personaje y que por eso, aunque parezca que soy yo, no soy yo. Ella está atrapada dentro del cuento y no puede moverse más allá de la última frase. Y yo sí he podido; yo he recorrido mucho camino desde entonces.

Entra Soumia con mucho cuidado y se queda de pie junto a la puerta.

—Al relato no le he puesto título porque no he encontrado ninguno que lo abarcara entero. Todos los que se me han ocurrido lo partían, por el principio como «la cascada» o «los ojos cerrados»; o por el final, como «el hombre de Bogotá» o «el secreto». Ahora creo que no está mal que se quede sin él; al contrario. Un título puede suponer un respiro y hay relatos que necesitan empezar bruscamente, sin aire.

«Lo habían oído de otros pueblos: que de repente llegaban hombres armados y pasaba lo que pasaba; a veces solamente llevarse comida; otras, cosas mucho peores. Pero cerca de donde ellos vivían nunca había sucedido. Era una zona "tranquila" decían. Aunque ella pensaba que la tranquilidad no tiene que ver con el lugar, es algo que está o no está dentro de la gente. Y allí nadie estaba nunca confiado del todo porque se oían cosas de otros pueblos.

Por eso ella no solía alejarse mucho de la casa. Prefería que estuvieran a la vista sus padres o su hermano Benito o los perros, aunque poco pudieran hacer, llegado el caso, frente a los fusiles.

Pero ese día fue distinto. Le dolía la cabeza y quiso bañarse en el arroyo. Siempre le hacía bien el frescor del agua y el caer precipitado de la cascada, como manos que apartan lo que estorba. La corriente de la cascada se llevaba por delante lo que no tenía que estar ahí.

La escuchaba y el dolor se iba retirando, como un vencido.

Salió del agua y sin secarse, para que le durara el frescor, se vistió.

Se había alejado del arroyo, pero aún se oía fuerte la cascada. Por eso no se dio cuenta de que le llegaban por detrás y no corrió. Aunque tampoco le hubiera valido de gran cosa con aquella vegetación y descalza.

Eran tres e iban armados. Empezaron a rasgarle el vestido y las otras prendas cuando ella aún estaba de pie; pero luego la tiraron al suelo. Y lo hicieron uno tras otro. No hablaron entre ellos, ni hacia ella, o tal vez sí, pero ella solo quería oír la cascada, se agarraba a aquel sonido de la cascada como te agarras al lomo de un animal para que huya por ti.

Tampoco vio cómo eran. Cerró los ojos desde el primer momento del ataque. Como si supiera ya, antes de tiempo, que lo más importante era no guardar los detalles. No quería ver

aquellas caras. No quería ser capaz de reconocer aquellos rasgos, nunca, pasara lo que pasara. "Suceda lo que suceda", "suceda lo que suceda", repetía mentalmente sobre el sonido del animal del agua que la estaba rescatando de allí.

Porque eso era el rescate: imaginar, mientras todo pasaba, que no quedaría rastro de aquellos hombres en ella, aunque dejaran algo en ella. Que a ese niño, si es que había un niño algún día, ella no le miraría jamás a la carita buscando a alguien, porque no habría nadie a quien buscar; ningún rasgo que reconocer, ni frente ni ojos ni boca ni el color o la forma del pelo.

Cuando se marcharon, ella recogió como pudo la ropa y volvió al arroyo a lavarse y a intentar beber. Pero el agua le dolió y no le supo dulce, sino a comida vieja y peligrosa.

No volvería a aquel lugar. Y también le hubiera gustado no volver a su casa. A la compañía de aquellos rostros resignados, como cañas caídas después de que les hayan pasado el machete.

Y a los meses justos nació Juan Camilo, que era solo de ella, aunque pasara por los brazos de todos. Y que era un niño del olvido, aunque todos en la casa y en el pueblo querían, con más o menos empeño, hacerle recordar.

Pasaron así tres años. Un día, Elías vino al pueblo para un negocio y se encaprichó de ella y del niño. Y vino más veces hasta que le pidió que se fueran con él a Bogotá.

"Una vida tranquila —dijo—; sin que os falte de nada".

Y ella respondió: "Primero tienes que conocer la historia".

"Ya me han contado".

"Como la cuento yo".

Y cuando ella terminó, Elías dijo: "No cambia nada para mí. Al contrario, más ganas tengo de cuidaros".

"El niño no debe saberlo. Nunca".

"No lo sabrá por mí".

Y se fueron los tres a la capital».

# Padres e hijos

Juan ha entrado con la llave que ella le dio la última vez para no tener que levantarse a abrirle. Avanza hasta su butaca lentamente, pero huele a haber corrido y llorado, como el día de la playa.

—¿Qué pasa? ¿Has venido solo?

—Mi madre no había acabado de prepararse y me ha acompañado Andoni, pero solo hasta la plazoleta. Luego le he dicho que quería seguir yo solo y, como desde donde estábamos se ve la entrada de la casa, me ha dejado.

—Ya noto que has venido corriendo, pero ¿por qué has llorado?

—Porque mi madre no para de hablar de la casa de Andoni, que es más grande que la nuestra y tiene terraza. Yo sé lo que eso significa, y no quiero. No quiero que ese hombre quiera ser mi padre, como el otro.

Manuela ya le ha hablado de la violación, pero le ha dicho que Juan no sabe nada de esa historia. «Otro» no puede referirse al padre biológico; es de Elías entonces de quien tiene miedo.

—¿Qué otro? ¿Elías?

Y el niño se pone a hablar a borbotones; palabras como un llanto que la sobrecoge.

—Parecen buenos te regalan cosas preciosas un libro una bicicleta pero luego se vuelven malos yo no quiero ir a esa casa en Bogotá también tenía un cuarto grande para mí solo…

—Para un poco, Juan. No vamos a hablar así, tú de pie y yo en esta butaca tan tiesa. Vamos al sofá. Sea lo que sea eso que

quieres contarme, y que yo quiero oír, allí va a costarte menos, créeme.

Juan obedece.

—Se trata de Elías, ¿no? Tu madre dice que le querías mucho.

—Ella no miente. Mentir es malo. Elías tampoco mentía, así que lo que me dijo tiene que ser verdad.

—¿Qué te dijo?

—Él no quería de ninguna manera que nos marcháramos, pero nos íbamos a marchar. Era la última noche; estaban las maletas cerradas y puestas en la entrada. Yo también me quería marchar, hacer ese gran viaje, incluso antes de que él entrara en mi cuarto y se acercara a mi cama.

En ese momento, Juan se tumba en el sofá y pone la cabeza en su regazo; e Irene duda un instante porque sabe que hay gestos que luego obligan, como una firma al pie de un contrato. Pero al final posa la mano sobre el pelo del niño y empieza a acariciárselo.

—Yo estaba tumbado en la cama y él se acercó; no encendió la luz, pero yo le veía los ojos, que se movían mucho; lo negro de los ojos como temblando en lo blanco, como saltando. Y me dijo con una voz baja pero muy clara que yo podía ser el hijo de cualquiera, que ni siquiera Manuela sabía de quién era hijo yo, porque a ella la habían violado muchos. Todos aquellos hombres cobardes de la selva. Que eran muchos y que yo podía ser hijo de cualquiera. Pero que a él eso no le importaba, que él era el único padre que yo había tenido. «Dile que lo sabes, díselo, díselo», repetía. «Antes de salir mañana, díselo, díselo». Pero yo no se lo he dicho. Me he guardado la voz para no tener que decírselo.

—Bueno, ya está, lo peor ya ha pasado. Has hecho bien en no decírselo a Manuela; que sea ella quien decida si contártelo o no, a su manera, cuando llegue el momento. Ahora lo que

importa es que aprendas lo que los padres hacen y, sobre todo, lo que no hacen. Tienes que saber reconocerlo. Y para empezar, un padre no hace lo que hizo Elías, intentar partirle el corazón a todo el mundo, así que a él vamos a descartarlo de una vez por todas.

—¿Y el otro…, el del principio, en la selva?

—Ese no existe, Juan, no le des más vueltas. Y no vamos a regalarle nosotros una vida que no tiene ni se merece.

—Entonces no tengo ningún padre.

—¿Te importa eso?

—Si hay un sitio vacío, otro puede querer meterse.

—Y no estaría mal si hiciera por ti lo que hacen los padres, los buenos padres. Por ejemplo, enseñarte a disfrutar de algo. Un buen padre tiene que transmitirte por lo menos una pasión. El mío me transmitió la del té. Pero eso voy a contártelo en la cocina, mientras nos preparamos un Maijian excelente que me acaban de traer.

Juan quiere hacer bien todos los gestos que le ha enseñado Irene y en el orden que a ella le gusta. Primero prepara la bandeja con las tazas para no hacer esperar al té cuando esté listo. Luego abre el bote con cuidado y respira el té para confirmar su frescura.

—A mi padre le apasionaba el mundo del té. Y no tenía con quien hablar de esa pasión. A ninguno de sus amigos les interesaba el tema lo más mínimo. Mi madre le escuchaba a veces, «por cariño, no por complicidad», decía él. Pero a mí el té me interesó desde pequeña. Sus objetos, sus exigencias, su ritmo.

—A mí también me interesa mucho.

Ahora pone la medida justa de té en un filtro nuevo, y lo mete en la tetera aún seca y vacía.

—El té es siempre el mismo; de la misma planta, quiero

decir. Que es en realidad una flor, una camelia.

Por último, carga el hervidor con agua muy corrida y lo enciende.

—La camellia sinensis. Por eso el té es único, aunque se le llama negro, verde o blanco, según su proceso de elaboración. Iremos conociéndolos todos. Pero por ahora vamos a concentrarnos en el negro, que es el que más me gusta.

—¿Eso te lo decía tu padre a ti o tú me lo estás diciendo a mí?

—Las dos cosas.

—Como si fueras un padre, entonces.

—Mira, Juan, vamos a hablar en serio. Yo puedo ser tu padre si te parece que necesitas uno, de momento. Pero voy a ser un padre como el mío, no tengo más ejemplos, que era bueno pero también firme, ya sabes, «tonterías las justas». No sé si te convendrá.

—Me conviene.

E Irene sonríe, por primera vez desde que la conoce, con un poco de ruido. Como una risa pequeña, piensa el niño; que ha estado recogida durante mucho tiempo, igual que su voz, pero que ahora quiere salir. Y aunque es muy posible que ella ya lo haya notado, le dice:

—Yo también estoy sonriendo.

# El viaje

Se han puesto de acuerdo y todos están haciendo lo mismo por otras calles de la ciudad. Los parientes y los amigos acompañan a las mujeres del grupo de su madre, mientras ellas se dirigen a pie hacia la casa de Irene, muy elegantes, «magníficamente vestidas» como dice Manuela. Las acompañan y les sacan fotos y vídeos con sus móviles y sus cámaras.

Ellos tres han salido de su casa más temprano que los demás porque Irene quiere que lleguen los primeros. Llevan bastante rato andando y él también le ha sacado a su madre muchas fotos y videos con el móvil que ella le ha prestado. Y le parece una novia aunque su vestido no sea blanco, sino azul casi gris o gris casi azul, no está seguro; tiene que preguntárselo a Irene. Y la gente con la que se cruzan a lo mejor también piensa que ese hombre es el novio, aunque no lleve traje y además camine a la altura de la mujer, pero bastante apartado de ella. Para que solo Manuela salga en las fotos y en los vídeos que él le está sacando.

Seguro que a todo el mundo le parecen novios como a él, que no puede evitar no sufrir, no sentir como un arañazo dentro de la garganta, una raspadura. Y las lágrimas quieren subirle a los ojos, pero él no se lo permite. Como las palabras que cada vez más a menudo quieren subirle a la boca y salir, pero él no se lo permite. Porque solo habla con Irene y solo llora con ella porque Irene entiende todo y además no puede verle llorar.

Y las lágrimas vuelven a su lugar, alejado de los ojos. Y él

enfoca a su madre y aprieta el círculo del móvil y oye los chasquidos. Y Manuela entra en la máquina para quedarse en ella; como este hombre, que camina un poco lejos pero a su lado, ha entrado en sus vidas para quedarse; guardado también él en la memoria interna.

Ya están acercándose a la casa de Irene, ya se ve el mar. Y él empieza a sacar fotos y vídeos más rápido; y a ese mismo ritmo veloz, entre foto y foto y vídeo y vídeo, se pone a pensar una cosa que al principio le desconcierta, como un resbalón en la cabeza; pero que luego le agarra, le sujeta, le abraza casi. Un pensamiento de «mayor», se dice, como los que le está enseñando a tener Irene, que, aunque todavía es una mujer joven, es más mayor que cualquiera porque es ciega. Y ese pensamiento le dice que lo que cuenta no es el dolor, sino el calmante de ese dolor o su remedio. Y que él estaba mudo porque para el dolor de Elías no encontraba remedio. Pero ahora sí lo tiene. Y no uno, sino varios remedios. Y entre foto y foto, empieza a enumerarlos: la cara alegre de su madre, que le dice con toda claridad que este hombre que camina a su lado no es igual que aquel, porque con Elías ella no era así de feliz. Y además no necesita otro padre, porque ya tiene uno que es Irene, que le sujeta como una barandilla sujeta a un ciego y un paracaídas sujeta a alguien que quiere volar pero no caer. Y él creía que había volado porque un avión le había traído desde Colombia; pero no era cierto. Él se había quedado allí, en aquel cuarto, atado a su cama con la cuerda gorda, peluda, rasposa de las palabras de aquel hombre malo. Solo ahora se está moviendo, se da cuenta como se dan cuenta de esas cosas los mayores. Solo ahora está volando de verdad, sujeto a los tirantes de un paracaídas, para poder tocar suavemente el suelo de aquí, para

ser solo Juan, el hijo de Manuela y de Irene; para mirar sin miedo a este hombre, Andoni, que mira a su madre tranquilo y sonriente como ella le mira a él. Como ella lo mira todo ahora, desde que están aquí, desde que tiene otra cara. Una cara solo un «poco» distinta pero «totalmente» distinta. Porque, ahora que ha crecido, puede comprender bien lo que le dijo Irene el primer día del agua: que en un pequeño desplazamiento de centímetros cabe un enorme viaje.

Como el que se ve en la expresión de su madre, solo un poquito movida, pero mucho más hermosa. Y él entonces vuelve el teléfono hacia sí mismo, porque ya están llegando a la casa de Irene, y extiende el brazo y se hace una foto. Para comprobar más tarde que su cara tiene también una expresión que parece que solo se ha movido un poco, pero que en realidad ha viajado enormemente hasta el remedio del dolor. Y luego, cuando estén solos, le preguntará a Irene, como los hijos preguntan a sus verdaderos padres, si ese movimiento que parece minúsculo pero es gigantesco es una especie de felicidad; porque ella seguro que lo sabe.

Entran por la terraza directamente al salón, donde Irene les espera de pie, vestida con un elegante traje negro.

—Perfecto —dice—, sois los primeros. El patio ya está cubierto; todo está preparado para el desfile.

Y ella ya le ha explicado cómo va a ser ese desfile: las mujeres del grupo de Manuela, convertidas en modelos, moviéndose entre los invitados, familiares y amigos, hablando con ellos. «Porque esos trajes son para la vida real —le ha dicho —, para la vida viva de los gestos cotidianos».

«Que parecen pequeños, pero guardan grandes viajes dentro», tiene ganas de decirle ahora mismo para que Irene sepa

que lo ha entendido. Pero es pronto aún para hablar delante de otros.

# Las extranjeras

Ya le han avisado los médicos de que, terminada la fiesta de la vista, el cerebro, como un anfitrión agotado, se pone a apagar las luces de todos los cuartos donde se conservan imágenes. Y de que, en algún momento, ya no le será posible volver a convocar el desfile de antiguos modelos, de viejos amigos; ni siquiera de las reliquias de paisajes venerados alguna vez.

Y tal vez eso ya ha sucedido. En algún pliegue de su mente ha sonado el chasquido del último interruptor. Pero no lo cree. Este apagón en el interior de su cabeza no lo está provocando su cerebro, sino su voluntad. Si quisiera llamarlos, reaparecerían aquel rostro, aquel lugar, aquel diseño que lució una mujer en una terraza de Ravello y que empezó a hacerla famosa. Pero no quiere. Lo que quiere es este espacio vacío, disponible por dentro; lo desea con la emoción con la que un actor busca un escenario y un arquitecto, un solar.

Las voces se cruzan en el patio; distingue los distintos acentos, incluso los distintos idiomas cuando las mujeres del grupo de Manuela hablan con sus amigos o sus familiares. Deben de ser más de cincuenta personas. A ellas les ha pedido que se muevan entre los invitados como sobre una pasarela. Pero sin forzar el paso ni el gesto. Que se muevan como son. Como en uno de esos desfiles que ella había planeado para su nueva casa-taller: ropa «midiéndose en el reto de la vida real». Lo dijo muchas veces.

Pero entonces reto tenía para ella otro sentido, mucho más «sintético», con mucha menos «caída». Porque con la realidad solo había tenido roces leves.

Le llegan las risas, las voces; los contactos, el latido más rápido o sosegado de los distintos tejidos, su respiración. Las mujeres vienen y van. Y cada vez que se acercan hasta donde ella está sentada, se presentan de nuevo. No imaginan que puede reconocerlas mucho antes de que lleguen, por la melodía de la tela, o la energía del paso; o esa huella dactilar de la personalidad que es el perfume. Vienen y van. Y las reconoce mucho antes de que vuelvan a presentarse: soy Simona, Kaya, Guisela, Adama, Dolores, Sonia… Aunque le parece que falta una. Tiene que preguntárselo a Manuela.

—Gracias —le han dicho muchas veces ya.

—Es un vestido precioso, todo el mundo lo dice.

—Nunca me había podido vestir así.

—Que estoy muy guapa, dicen mis hijos.

—Un regalo de lujo. Como en un sueño.

—Soy Liuba —le dice de nuevo Liuba—. Gracias. Es un traje precioso. He colgado las fotos de la calle en Instagram para mis amigos de allí y mi familia. Es una fiesta muy bonita. También estamos haciendo… fotos.

Ha dudado un instante esta vez antes de decir «fotos». ¿Es correcto hablarle de fotografías a un ciego?, ha debido de pensar. Y ella agradece su elegancia interior.

—Sí, hagan muchas fotos —responde, sonriendo—. Luego las colocaré en mi ordenador y podré comprenderlas. Ya sabe, el sentido del «tacto».

Se va Liuba y se acerca Simona. Y ahora Guisela:

—Parecíamos modelos, por la calle —dice— y aquí también, en la fiesta, caminando entre la gente.

—Es natural, es un desfile —responde—; sois mis modelos.

Estas mujeres altas y bajas; delgadas y gordas; jóvenes y ya entradas en años son sus modelos. Y de repente lo comprende. Aquella mujer de Ravello, que de muchas maneras impulsó su carrera de diseñadora, era alta y flaca. Pero ahora aquellas medidas que marcaron su rumbo no las quiere. No quiere hacer ropa que disimule el cuerpo, que lo fuerce a ser lo que no es, a estar donde no está. Ahora solo piensa en prendas que recojan pechos, caderas, vientres, planos o «montañudos» con la verdad con que los toca un ciego; con la precaución y la delicadeza con que unas manos sedientas retienen agua para beber.

Ya sabe que este desfile no es una venganza. Pero llevaba semanas necesitando darle un nombre, una definición, con cuyas hebras tejer después lo que tenga, si tiene, que venir. Y ahora lo ha encontrado, gracias a la proximidad de estas mujeres que se pasean felices por ser modelos de su propia verdad. Es el desfile sin papeles de la diseñadora extranjera en que se ha convertido, y que ahora necesita y tal vez desea y busca ya una nueva «documentación».

Se acerca Manuela:

—Todo está saliendo maravillosamente —le dice.

—Es gracias a ti. Sin ti, no hubiera podido hacerse.

Y Manuela acepta el cumplido, pero enseguida lo coloca en su sitio, sin acortarlo ni ensancharlo; justo en su talla, como una buena costurera que acierta siempre con las medidas.

—Me ha gustado mucho estar en el equipo.

—Vamos a dejar pasar unos días; y luego nos sentamos tú y yo a hablar en serio de ese equipo. Tal vez podamos hacer planes.

—Ojalá. Hablamos cuando… —contesta Manuela con una voz que se gira de pronto hacia la derecha— quiera… Soumia ha llegado por fin.

Y entonces ella gira también la cabeza hacia la entrada, y oye cómo Soumia se acerca. Y primero saluda a Manuela y luego a ella, y le dice:

—No he podido venir andando, me ha traído mi hermano; en un taxi porque me he negado a subir en la moto con este vestido. Y tampoco me han ayudado con las fotos.

—Pero aquí estás.

—Sí, aquí estoy.

Aquí está entonces todo el mundo, piensa; todas las extranjeras, «incluso yo».

# III

«Route par l'absolu des vagues…».
René Char:
«Fastes»

# Nadar

Cuando ha llegado Soumia, la mujer que faltaba, el niño ha querido sacarle fotos y se ha acercado a él para pedirle otra vez, con gestos, el móvil. Andoni se lo ha dado y ha querido retenerle un momento y hablarle. Pero es lento con las palabras y Juan no le ha esperado.

Luego, cuando se han ido todos los invitados, Irene le ha pedido que le acompañara a darse un baño:

—Manuela dice que eres muy deportista. ¿Qué tal nadas?

—Bastante bien, aunque mi deporte es la bicicleta.

—Si eres ciclista, seguro que estás en forma. Ida y vuelta a la isla, ¿te parece?

Y ahora, mientras nada junto a Irene, a su izquierda como ella le ha pedido, esforzándose por mantener su ritmo, piensa en lo que le hubiera gustado decirle al niño. En lo que le dirá cuando le cueste menos hablar. Que es feliz con Manuela y que quiere hacerla feliz, y a él también. Una felicidad de los tres, como el ronroneo de un motor perfecto.

Así nada Irene, como si tuviera un pequeño propulsor escondido en alguna parte de su cuerpo.

—No te alejes mucho —le ha dicho al salir—; mantente a mi izquierda, a la distancia de dos calles de piscina más o menos, para que yo no pierda el rumbo.

Pero no lo pierde. Aunque él no nadara a su lado no lo perdería, avanzaría sin desviarse, cortando el agua como sobre una línea recta dibujada de antemano. Igual que el filo de una

sierra corta limpiamente el acero marcado. Pero no le vale el ejemplo, porque nadar es blando.

Como el amor con Manuela. Sobre la bicicleta, el aire en la ascensión e incluso en el descenso, hay que partirlo. Pero el agua se abre sola. Suavemente, igual que Manuela. Y para distraerse del cansancio que le está ganando porque Irene nada muy deprisa y él no está acostumbrado, se pone a repasar en su cabeza todas las imágenes que va guardando del cuerpo desnudo de Manuela aquel primer día en el hotel y luego las veces que han seguido. Su piel, que es como si tuviera dos colores; parece más clara en la vida corriente o más oscura cuando está desnuda, pegada a la suya. Y a él le gusta mucho ese contraste, le parece una buena señal. Como las franjas anaranjadas o rosas en un atardecer: el anuncio del buen tiempo que les espera.

Ya están muy cerca de la isla. Irene de algún modo lo sabe y se para y se gira hacia la orilla.

—No está mal para el primer día —dice—; ¿has venido cómodo?

—Sí.

—¿Quieres descansar o podemos seguir?

—Estoy bien.

—Estoy mirando hacia la playa, ¿verdad?

—Sí.

—Pues entonces volvamos.

Y Andoni repite contento:

—Sí, volvamos, nos esperan. Seguro que están impacientes.

Pero Irene ya había empezado a nadar y él no sabe si le ha oído.

Se han quedado los dos en la orilla, mirándoles nadar, primero como personas, luego como manchas y ahora como puntitos

porque ya están lejos.

Sopla una brisa suave que no enfría, al contrario, parece cubrirles, como una colcha fina, y por eso a Manuela no le preocupa que permanezcan inmóviles, tan cerca del mar.

Irene y Andoni ya están llegando a la isla, y entonces Juan Camilo dice con una voz que no parece salir de un encierro:

—No quiero que llames más a Elías por teléfono.

Y ella se lleva una mano a la boca y se gira para mirarle, pero enseguida baja la mano y busca otra vez el rastro de los nadadores, porque aunque el niño tiene los pies bien hundidos en la arena y los ojos fijos en el agua, parece colocado al borde de una ventana, mirando a un salto. Y Manuela no quiere empujarle, haciendo aire con sus movimientos.

—Bueno, de acuerdo, pero ¿por qué?

—Porque soy muy joven para que alguien me parta el corazón. Me lo ha dicho Irene.

Y Manuela no hace nada, para no moverse y porque tampoco sabría qué hacer en este instante, si reírse o llorar. Si esas palabras que su hijo pronuncia por fin son para tener miedo o alegrarse.

—¿Cómo que te ha partido el corazón?

—Eso no voy a decírtelo hasta que sea mayor. No me preguntes más, por favor. Y no son abusos; eso sí puedo decírtelo. Bueno, es Irene la que me ha dicho que eso sí te lo tengo que decir.

—A ella entonces sí le has contado todo.

—Sí.

—¿Y te basta?

—Sí.

—Pues entonces a mí también.

—Y hay otra cosa.

—¿Qué?

—No quiero ser más Juan Camilo, solo Juan.

—Bueno, eso no parece tan difícil.

—Díselo a tus amigos también.

—Lo haré, descuida. ¿Se le ofrece algo más al señor?

El niño mete entonces su mano pequeña y un poco mojada en la suya y responde:

—Sí. Quiero aprender a nadar muy bien.

—¿Para acompañarles algún día?

—Me va a enseñar Irene, que es la que mejor nada.

—Andoni tampoco lo hace mal.

—Sí, pero ella le gana, y además sin ver.

—Ve otras cosas.

—Sí, y le saca mucha distancia, mírala.

—Ya están volviendo.

—No van a tardar mucho. Tenemos que ir corriendo a casa a preparar un rico té bien caliente para cuando lleguen.

—¿Bebes té?

—Sí, me encanta. ¿Y a ti?

—No sé, la verdad. Siempre bebo café.

—Pues ya va siendo hora de que lo pruebes.

Andoni nada a su lado, demasiado cerca. Acelera el ritmo para dejarlo atrás. Durante un instante al menos quiere sentir que nada sola, como entonces. Como entonces no, porque ahora no hay peligro. Por mucho que se alejara, Andoni conseguiría alcanzarla a tiempo. Pero al menos la sensación, por un instante, de un cuerpo solo, libre, capaz.

Hacía mucho tiempo que no nadaba a este ritmo, pero sus brazos y sus piernas aguantan; y su respiración se mantiene serena. Lo único que no reconoce son sus ojos en el agua; tal vez porque no se ha puesto las gafas y se sienten desnudos, valientes.

Y por eso lloran. Había pensado tontamente que un ciego no puede llorar. Ella, en cualquier caso, no ha querido hacerlo. Y sus ojos se han secado mucho, se lo ha dicho el médico, y le ha recetado unas gotas, «lágrimas artificiales» las llaman. No va a necesitarlas más, porque ahora sus ojos alegremente lloran, tal vez porque están cerrados como entonces; concentrados, como entonces, solo en las sensaciones del agua; indiferentes al pensamiento de la ceguera; independientes de la oscuridad.

Capaces como ahora de llevarla sin vacilación hacia la playa. Porque hacia allí se dirige, está segura, hacia el punto preciso donde Manuela y su hijo les esperan.

Si puede nadar así, podrá vivir. Tiene que hablar con Andoni. Vivir albergando algún deseo. Vivir y trabajar, tal vez. Diseños nuevos para mujeres nuevas. Cuerpos únicos, cada uno con el sentido de su forma.

El mar es una loneta rebelde hoy, siente su aspereza y sus nervaduras. Pero ella sabe cómo tratarla, como convencerla para que se deje llevar por la belleza del corte que insinúa, del pliegue que realza, del vuelo que hace imaginar más, concebir más lejos.

Aún tiene fuerzas para acelerar un poco más el ritmo y adelantarse. Quiere llegar completamente sola hasta la orilla.